# *El* TIEMPO *y sus* MASTINES

VICENTE QUIRARTE

*Posfacio de*
*Jorge Esquinca*

EL COLEGIO NACIONAL

**VICENTE QUIRARTE**

Poeta y ensayista. Obtuvo el grado de doctor en Literatura Mexicana por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Actualmente es investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas (IIB) de la misma institución. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores (SNI) y es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua (AML). Su obra incluye libros de poesía, narrativa, teatro, crítica literaria y ensayo histórico. Ha recibido el Premio Xavier Villaurrutia (1991) y el Premio Universidad Nacional (2012). Ingresó a El Colegio Nacional el 3 de marzo de 2016.

# EL TIEMPO Y SUS MASTINES

*El Colegio Nacional*

# *El* TIEMPO *y sus* MASTINES

VICENTE QUIRARTE

*Posfacio de*
*Jorge Esquinca*

EL COLEGIO NACIONAL

PQ7297.Q84
T54 2018
Quirarte, Vicente, 1954-
El tiempo y sus mastines / Vicente Quirarte. — Primera edición.
— México : El Colegio Nacional, 2018. 223 páginas ; 21 × 13.5 centímetros.
ISBN 978-607-724-303-8

1. Poesía mexicana — Siglo XXI. I. Título. II. El Colegio Nacional.

Primera edición: 2018

D. R. © 2018. El Colegio Nacional
Luis González Obregón 23,
Centro Histórico, 06020,
Ciudad de México.
Teléfono: 57 89 43 30

www.colnal.mx

ISBN: 978-607-724-303-8

Impreso y hecho en México
*Printed and made in Mexico*

Correos electrónicos:
publicaciones@colnal.mx
editorial@colnal.mx
contacto@colnal.mx

# Índice general

*15* Presentación

*19* Habla el centinela
*20* Mester del silencio
*21* Elogio de la calle
*23* Circe victoriosa
*25* Grafiti
*26* Calle nuestra
*27* Saint James Park
*28* Pershing Square
*30* Lesson One
*32* Nota al pie de Catulo
*33* Posdata para Filippo Lippi
*34* Teoría del oso
*43* Última noche en Coyoacán
*45* Vencer a la blancura
*54* Preludios del encuentro
*56* Mar abierto
*60* Puerta del verano
*62* Venecia
*66* Lucrezia Borgia muere en Ferrara
*70* Federigo degli Alberighi espera la visita de madona Giovanna
*73* Tres retratos de la lluvia
*75* Razones del samurái
*85* Encuentro con la nieve

*86* Elogio del Vampiro
*93* César Rodríguez Chicharro vuelve a casa
*97* Rubén Bonifaz Nuño escribe *As de oros*
*98* Preludio para desnudar a una mujer
*100* Preludio para vencer el martes 13
*102* Luz de Mayo
*104* Plaza Mayor
*105* Amanecer en Saint-Malo
*107* Spider Man Blues
*111* For No One
*112* Jaboncito de hotel
*113* Sirena en el tiempo
*115* La muchacha de al lado
*116* El poeta y sus críticos
*117* La mirada
*118* Zarabanda con perros amarillos
*158* Casida del nombre sin aire
*159* Casida de la negligente primavera
*160* Casida donde habla el desierto
*162* Casida de la noche lusitana
*164* Casida de la imposible mirada
*165* Casidas del que solo arde
*168* Ser para la vida
*169* Ciudad de seda

*172* Francisco Sarabia piensa en Antonia Di Filippo antes de que el Conquistador del Cielo caiga en las aguas del río Potomac
*177* Belleza del astrónomo
*178* Habla tu espejo
*179* Una lengua llamada tu cintura
*183* Armados
*184* Schreck
*185* Desnuda
*186* Durmiente
*187* Hermanos
*188* Onetti
*189* Oración
*190* El suelo
*191* Aquiles
*192* Viejo
*193* Más desnuda
*194* País llamado Infancia
*195* La miel de los felices

*207* La condición del héroe
*Posfacio de Jorge Esquinca*

*215* Índice de primeros versos
*221* Bibliografía

*A Patricia,*
*en pasado, en presente y en futuro*

Para Ignacio Ballesteros
con la gratitud
y el cariño de un
amigo mexicano
Vicente

Quand le monde sera réduit en un seul bois noir pour nos quatre yeux étonnés, —en une plage pour deux enfants fidèles, —en une maison musicale pour notre claire sympathie, —je vous trouverai.

Arthur Rimbaud, *Illuminations*

# Presentación

Sólo el amor concede a quien lo vive el privilegio de ser otro en otro y saberse invencible. El amor termina, pero el amor no acaba: deja cicatrices de su paso, devastador o benigno, curable con el tiempo, más agudo en el tiempo. Tres etapas mayores le dan cuerpo: el preludio, cuando nos descubrimos espejo nimbado por una luz inédita que a su vez nos inflama y nos transforma; la navegación, fluir de esa energía voraz, interminable en nuestras venas: historia conocida que en la experiencia personal se vuelve única; el naufragio, instante en que el abandonado pierde todo y debe enfrentar nuevas tormentas para regresar al mundo.

El naufragio es iniciación porque obliga a reconstruirlo todo. Antes no habíamos sido construidos: todo cuanto habíamos tenido era ilusión de vida. El náufrago y el enfermo tienen conceptos distintos del tiempo y el espacio. Lo necesitan todo. Ritualizan cada uno de sus mínimos actos para darle sentido al tiempo. La palabra nace con el naufragio o con una navegación destinada a ella. La *Odisea* es el primer libro sobre el tema. Sin embargo, el gran libro fundacional de la literatura de naufragio habla de un hombre solo: alguien que hace de su desgracia un oficio en un mundo donde es el único habitante. No importa que encuentre la compañía en el antagonista amoroso: el náufrago, como el poeta y el amante, siempre estará solo.

Forman este volumen poemas de colecciones cuya descripción íntegra aparece en la bibliografía final. En 1980 publiqué mi primer libro, al amparo de un verso de Luis de Góngora y Argote:

> El sueño, autor de representaciones,
> en su teatro sobre el viento armado,
> sombras suele vestir de bulto bello.

Creí entonces que juventud y poesía eran representaciones armadas sobre el viento, y su duración dependía de su tiempo en el espacio. Transcurridos los años, he comprendido la responsabilidad de las huellas: el intento de toda expresión artística es armar al viento: su carácter pasajero adquiere forma y sustancia sólo cuando a él se incorporan afanes por hacer duraderas las epifanías concedidas a un mortal. En el viento la fugacidad de la existencia se materializa en obras creadas para perpetuar los sueños: el arco de un edificio, las notas de una sinfonía, la pincelada precisa establecen la comunión entre la eternidad y el ser sujeto al tiempo. Como señala Eduardo Casar, poeta mayor de mi generación, a las palabras no se las lleva el viento, el viento es quien se lleva a los hombres. Quedan unas cuantas líneas para resistir los embates de las horas.

En el año 2000, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) publicó mi poesía reunida hasta esa época en la colección Poemas y Ensayos, bajo el título *Razones del samurái.* Dos antologías han aparecido: *Como a veces la vida,* preparada por Darío Jaramillo Agudelo para la editorial Pre-Textos, e *Invisible estoque,* poemas de

amor escritos a lo largo de tres décadas. Para este segundo proyecto fui invitado por Luis Armenta Malpica a la colección Liminar de Mantis Editores, por él concebida, capitaneada y defendida.

Debo el presente título a Hernán Bravo Varela. Mi pretensión es que éste sea un libro de poemas y cada uno se defienda de manera individual: una muestra de los instantes en que lo vivido se ha trasladado a la poesía, de acuerdo con la lección de José Emilio Pacheco. La última palabra será siempre del otro. Como nos enseñó el maestro:

> Llamo poesía a ese lugar del encuentro
> con la experiencia ajena. El lector, la lectora
> harán o no el poema que tan sólo he esbozado.

Agradezco que ahora estos poemas vean la luz bajo el generoso sello de El Colegio Nacional y que en esta aventura, como en muchas otras, me acompañen el talento y la fraternidad de Jorge Esquinca.

Tlacopac, San Ángel,
febrero de 2017

# Habla el centinela

*Con Patricia*

Fortificada, luciente y generosa de haberse entregado a la mañana, rendida a los azares de las horas, pequeña ciudad, al fin descansas. Duermen tus músculos de seda y debajo respiran sus andamios, ese mapa invisible que nunca se cansa de cantarte. No termina el trabajo de tu sangre: te penetra y te lava y en incesante juego te mantiene. En la limpia terraza de tu axila se aroman con nueva fuerza tus rincones. Los paisajes bebidos por tus ojos viajan por otro espacio más abierto. Y tus monstruos alquilan mariposas. Las caricias pendientes de tu boca, guerreras insaciables, también se entregan al cansancio. Sueñan la nueva hora de los pendones y el estruendo. La gloria del combate. Y falanges, cabellos, humores que en ti misma se consagran, recuperan su sitio y sus trabajos. Llueve como si Dios no tuviera otra cosa que hacer en el planeta. Del otro lado del mundo, un solo centinela te custodia. No hay trabajo más alto que esperarte.

# Mester del silencio

... And so, each venture
is a new beginning, a raid on the inarticulate.

T. S. Eliot

Si lo que vive entre la palabra y el silencio
es el papel en el que escribo lo que no escribo,
el poema es entonces
encender un cerillo,
alimentar el fuego
con la sombra retorcida de la hoja,
recoger los restos de su incendio,
acompañarlos toda la noche a la intemperie,
en vigilia de silencio apenas rota
por la licántropa canción de los borrachos
y la voz callada de la calle,
la calle que conoce
nuestro heroísmo de amarla cada día.
No detenerse ni al lamento del alba,
y apenas salga el sol,
arrojarle al rostro las cenizas.

# Elogio de la calle

Mais qu'importe l'éternité de la damnation à qui a trouvé dans une seconde l'infini de la jouissance ?

Baudelaire

Salir del cine
tras haber asesinado
en crimen perfecto a la miseria
y entre la multitud sentir
que todos los hombres son Charlot
y ver en todas las mujeres
a Catherine Deneuve.
Jugar a que los ojos son tijeras,
recortar los negros edificios
contra el cobalto del cielo;
desinflarles las llantas a los Cadillac
y esperar a su dueño enfurecido;
mientras deshojar poco a poco
un libro de Walt Whitman
sobre el río oscuro de la calle,
ver sus hojas danzar
con la basura del otoño;
arrebatar a músicos ciegos sus guitarras,
hacer con todas ellas una pira
y oír el concierto de cuerdas rotas y madera.

Arrojar por fin en el hotel fortuito
nuestro ser fatigado de existencia,
y a punto de capitular músculos y párpados,
amarte aún después de la batalla
aunque mañana al despertar otra vez nos preguntemos
aquí estamos, Ciudad, para qué diablos.

# Circe victoriosa

Señora de la mágica perfidia:
no por la distancia cesan
tus palabras que inflaman en mi oído
como el sol que tras la lluvia
toma el cielo
y despeja de nubes el espacio.

Firme capitán de mi navío,
al otear el horizonte de Eea
puse cadenas a deseo y epidermis,
sólo tuvieron libertad los ojos y la espada.
Pero la caricia que inicia pluma leve
ha de lograr la nota más alta de la llama.

A nadie conté tu larga historia
porque el silencio es arma de los héroes.
Anclará mi corazón en Ítaca
y anhelaré la llegada de la noche, para no salir
más del cuerpo y los brazos de Penélope.
Su claridad emergerá del sereno
y embravecido mar de nuestro lecho.
Más que su entrega,
la arraigada memoria de tu carne
será la que propicie mágicos, inmóviles asombros.

Señora: es azul la monarquía del cielo
y crece en vitalidad, hora tras hora,
bañando nuestros cuerpos, fecundándolos.
Estos hombres que lloran en cubierta,
absortos en la contemplación de Ítaca,
sufrieron tus metamorfosis implacables.
No saben que el tributo a su libertad
fue prolongar tu imperio hasta mis huesos.
Sólo la prudencia y el valor del héroe
impiden dar la orden
de volver con el barco hacia tu isla.

# Grafiti

*Para Rosa Nissán*

No es dentro del muro
donde el grito se cumple en el silencio:
en la piel más mojada de la noche
                la mano
escribe en letras rojas lo que nunca
habré de escribir en un poema.

Qué absurdo deseo
estar siempre despierto
y escribir en un muro solitario
un TE AMO más grande que ese muro.

Qué soledad —de veras— darse cuenta:
no se cumple el deseo:  se mitiga.

Vano sueño del último borracho
o inaprehensible gloria del instante
que habremos de perseguir sin recompensa.

# Calle nuestra

Tarde o temprano,
cuando se mira la verdad desnuda,
sabemos que no basta la emoción transmitida,
aquel jirón del cielo que regresa
a contemplar su rostro en este charco.

Y hay que armarse de valor para aceptar que repetimos
lo que otros han escrito mejor:
tener la humildad para aceptarnos
felizmente mediocres,
más dueños de la calle que de los libros alcahuetes,
andar bajo la lluvia
sin buscarle palabras a ese acto
y empaparse hasta el alma,
y empaparse.

# Saint James Park

Más que pájaros
los gansos son litografías.
Veleros en tierra
                las carriolas
abren sus blancas velas en el frío.
Las ardillas desaparecen
                ante la cercanía de nanas
bajo cuyas cofias duermen niños rubios.
Indolentes ancianos leen el *Times*
y esperan un débil sol que nunca llega.

No la palabra otoño:
                es su muda transparencia
la que nombra.

# Pershing Square
(Los Ángeles, California)

Como si el alba que asoma entre edificios
fuera el inmenso gong que los convoca,
llegan de todas las calles a la plaza.
Saben que las palomas
alimentadas por manos avarientas
son sucias, crueles, falsas
como el sol en sus huesos ateridos.
Si conocen la ballena
es porque habitan sus entrañas,
no por aquella que recibe
aplausos y caricias en acuarios.
Saben del mar por su amargura,
no por el oro y la turquesa
que el cuerpo de los otros
en Santa Mónica reclama y hace suyos.
Su reino es hierro, cemento, algunos árboles,
limosna de la ciudad en agonía
y que el vidrio duplica estérilmente.
Tigres que nos sostienen la mirada,
guardan el último secreto
que habrá de permanecer cuando edificios,
poder, cielo vacío,
se derrumben en medio de sus risas.
Sus armas son las mismas del que odian:
cincuenta centavos, el café o el alcohol,

según sea el caso,
y la voluntad de morir, tendiendo sin motivo
puentes entre uno y otro día.
Porque sólo ellos son dueños de su cuerpo,
del día que comienza
y del orgullo, flor insobornable
en la solapa del traje que no tienen.

# Lesson One

Estaré explicándote
la diferencia entre *shall* y *will,*
diciendo que la primera forma
resulta ya anacrónica
cuando me dé cuenta de que el día
no es el que veo por la ventana
sino el que nace,
turbulento y diáfano, en tus piernas
(un pájaro corteja a su hembra
en los cables de luz).

Diré esos claveles necesitan agua
cuando comprendas que *oo* se pronuncia *u*
y que no se explica por qué *blood*...
(como nadie podría explicar la resistencia
de tu sostén de encaje veneciano).

Haré más larga aún la consonante en *hard*
y no podré pronunciar la palabra *theater*
porque la voz se me irá mucho antes.
Seguramente en esta primera lección
no quedará muy clara
la teoría general de los tiempos
porque cuando comienzo
a explicarte los verbos auxiliares
siento que tu aroma y tu piel son ya los míos

mientras te digo que leamos la parte que nos toca
de los viajes de Gulliver.
El primer beso es más largo
que el tiempo en que explicamos vocales y diptongos.
Y al tiempo que descubro el mar entre tus pechos
miro en el suelo el libro abierto
en la página donde Gulliver yace náufrago en la arena
ante la mirada absorta de los de Lilliput
y por la ventana
el pájaro logra a su nueva compañera.

# Nota al pie de Catulo

Yo decía:
me moriré cuando haya escrito
un poema más perenne que el silencio.
El sujeto serías tú, Lesbia, por supuesto.

Pronto supe que las palabras
sólo son combustibles
en el momento mismo de tomarlas
y que el tiempo por delante
será tan breve que mi nombre
no habrá de alcanzar la enciclopedia.

Como te amo tanto, Lesbia mía,
y algún día también serás
la esposa de otro Folco Portinari,
con hijos que no leerán mis versos,
que todos sepan desde ahora
que siempre estuviste como quieres
y también como yo quería:
que medías tanto de busto y tanto de cintura
y otro tanto y tanto y tanto de caderas,
para que mañana eruditos,
ratones de biblioteca, estudiantes de literatura
recuerden, estudien, registren y celebren tus *blue jeans*
y no haya necesidad de buscarte un sitio
al lado de la casta Beatriz, tan aburrida.

# Posdata para Filippo Lippi

*Para Héctor Carreto*

Escúchame bien, maestro,
mientras contemplo tu madona
y su perfil por el que nace el día:
la que vive en estos versos
no inspiró el soneto más diamante de Petrarca
y si caminó por las calles de Florencia
fue cobijada por alas de Alitalia
o por las del ángel de nuestra Independencia.
Ella ama, suda, come y duerme, como todas,
y ocupa, como todas,
un solo lugar en el espacio.
Pero ella, como Lucrezia Buti,
que ahora veo y no veo en ese perfil
por el que navegan los peces en el cielo,
al despertar se mira en el espejo
y otorga a las paredes voz de plata.
A esa hora cantan los pájaros
desde los Indios Verdes al Ajusco
y salgo feliz, seguro como tú, Filippo Lippi,
de tener por el mango la lanza de Amadís.

# Teoría del oso

Y el hombre se encuentra a menudo impotente para hacer nada, prisionero en no sé qué jaula horrible. [...]

No se puede describir eso que lo encierra, lo agobia, parece enterrarlo, pero allí están no sé qué barrotes, qué cadenas, qué muros. ¿Todo esto es imaginario, producto de la fantasía? Me digo que no y entonces me pregunto: ¿durará mucho, durará para siempre, por toda la eternidad?

Sin embargo, hay una puerta para salir de la cárcel. Ser amigos, hermanos, amar: todo esto logra que la prisión desaparezca.

Carta de Vincent van Gogh a su hermano Theo,
Cuesmes, junio de 1880

## I

Sumergido en lo más profundo de la página, tiene la seguridad de la cobra en el desierto. Fiel guerrero del olvido, pisotea el gozo del último pinar estremecido por el viento. Emerge al fin, fatigado del odio en bruto que es él mismo, el hambre desnuda, los colmillos prestos. Nadie como él es omnívoro. Mastica el plomo de los lápices y bebe tinta a mares. Se lleva entre los belfos restos de teclas y de cintas. Se aleja eructando puntos suspensivos. Deja en su camino los excrementos de tropos nunca usados. Pero aun la bestia tiene rasgos de nobleza: deja sobre el escritorio la goma de borrar.

## II

El día menos puntual, más luminoso, es testimonio fiel de mi derrota. Sin mirar el reloj sé que son las once, cuando en mi pecho apenas dan las siete y fluye en la calle un sabor a novia triste, a leche sin dulzura. Sé que me gusta caminar, que mis zapatos me conducen por calles que conocen mis suelas desgastadas; seguro de amar una cintura esbelta como el agua, toda puerta que toco se abre siempre y la banqueta es litoral de un mar que no se ha ido. Miro la calle desde mi ventana y el día levanta su carpa incomprensible: algo más que este vidrio nos separa. El café, la camisa, el frío y el remordimiento de estar vivo son lo mismo. Bajo la regadera preparo nuevas estrategias para abatir al oso. Salgo del baño y me miro en el espejo: el oso celebra su pacto con Heráclito y Descartes. Desde que existe, ¿nos hemos bañado en la misma tina? Al pasar el rastrillo por la barba, escucho los gruñidos de la fiera: ella existe, luego pienso.

## III

Caza a deshoras. Entra por la ventana volando papeles y geranios; rompe el orden de la vajilla más simétrica; interrumpe la lección equilibrista de la araña. No respeta la hora de la siesta, ni el sol de las cinco, ni la taza de té bebida bajo tu pelo claro. Nunca lo conocerás de frente. Ni cuando descubra que en tus ojos naufragan mis veleros y afuera la lluvia nos diga que todos los cuartos del mundo

nos esperan. Tampoco cuando mi lengua afine el violín dulcísimo en tu espalda y al quemar las naves tu gemido esté más cerca del tallo que del fruto. A veces sentirás su presencia detrás de mis ojos, detrás de cada beso, monarca seguro en su silencio. Caza largas temporadas en otros territorios. Pero regresa. Me descubre al caminar de noche por la calle con el orgullo de tus pechos en mis manos. Viaja echado a mis pies en el autobús, entra conmigo en la casa, me llena el oído con su respiración y pasea sus mandíbulas por mi cuello. Busco la silla, el látigo, la pluma, el papel, la máquina y siento su garra hundirse sin esfuerzo. Entonces comienzo, sin saber a dónde voy con esta página, seguro de que sólo invadiéndola así podré vencerlo.

## IV

Y el Ulises salmón de los regresos...

José Gorostiza

Nuestras vidas no son río ni van a dar al mar. Quien dice *No* acepta el desafío, lucha contra la parca y le arrebata las artes de la maga y del gigante. El terco Ulises avanza contra el viento, nutre su fuerza combatiendo la dulzura de un agua que lo engaña. Para avanzar es necesario volver contra los ríos, aunque sólo un salmón alcance la laguna. Armaduras de guerreros muertos yacen a las orillas del río victorioso, pero hay que intentarlo. Que las alas inútiles se

vuelvan aletas; branquias, los pulmones. Nada el salmón corriente arriba, antes que la garra del oso lo destroce.

## V

Es larga y lenta la estación de invierno. En la soledad de sus espacios la carne es seca, lóbrega y cansada. Amar así es perder la piel, descubrir nuestros cuerpos extranjeros, saqueados por la bestia durante el sueño. El oso vigila nuestra puerta. Yergue su hermoso, largo cuello, igual que la rosa que mintió al poeta. El hombre pretende el incendio y encuentra el carcaj siempre vacío, las hachas melladas, el fusil sin mecha. Termina el invierno y el sol alza telones. El oso, sin buscarla, encuentra presa: salta sobre la foca, tira el zarpazo y dibuja la muerte sin metáforas.

El hombre sale al fin. Dispone perros, lanzas y trineo (en las entrañas de la mujer sueña y crece otro guerrero que habrá de empuñar las armas ofendidas). El oso los deja pasar y continúa comiendo con el orgullo de saberse, finalmente, la blancura.

## VI

Un día la palabra dejó de nombrar para volverse potro de magia y vara de tormento. ¿Quién que caminó pisando vidrios al gritar destrozó el sueño del oso? Otros ángeles pasaron sin mirarme y ninguno quiso escuchar mi voz en el desierto. Hoy descubro, al desempolvar mis viejas

armas, la población diezmada de mis ángeles. Busco entre todos al ángel adolescente del delirio. En sus ojos, un desprecio más duro que el silencio que castró su nombre y quiso darle en vez de lengua un lápiz que el tiempo borró creyendo tinta. Ese ángel era cruel como la espada que se hunde en el pecho y nos deleita. Hoy otro cuida mis espaldas, mas no es etéreo, mudo ni invisible. Su fetidez en medio de la noche me recuerda la presencia de mi oso de la guarda.

## VII

Herido de muerte, huye el oso. Su aliento derrumbaría palacios que un rey levantó desde su sueño. El castillo de arena que la mano infantil construye a mediodía podría detener su avance, sin embargo. Con su sereno rostro, el río espera al fuego que persigue a los bosques como un sátiro borracho tras las ninfas. Una nueva lanza tumba al oso cuando el cuerpo del bruto entra en el agua. La herida crece pero es ya compartida. El aire tenso de la noche dice que alguien ama mientras en su propia sangre muere el oso.

## VIII

Que comience la cacería. Que las trampas abran dientes, sean más dulces que el mordisco de un asno castrando adolescentes. Que la piedad sólo exista en diccionarios y acaso en Miguel Ángel. Más rápido que la mosca que huye de la araña, que tu blusa caiga al suelo. Que no cese la luz. Que los cuerpos iluminen la noche, victoriosos. Que caiga el sostén, que caiga. El rasguido que escuchas no es sino la aguja sobre el disco. No es el oso reptando hacia la muerte. Que caiga el último bastión. Que nadie ose agitar la tela blanca y se cierre la trampa.

## IX

Me levanto como un árbol que el mar despierta a medianoche y tú estás aquí sin saber que el miedo empieza. Tu espalda arde en el insomnio pero no voy a pedirte que despiertes. Cuando la huelga del sueño me amenaza no puedo utilizar sus manecillas, ni siquiera su cifra más delgada. Busco palabras, heridas frescas por el día, y en la noche sólo encuentro la cicatriz, la huella y el recuerdo. Si no fuera por la voz que antecedió a tu peso, ¿por qué blanca dureza alcanzarían mis pasos la orilla del día que nos separa? La escalera por la que bajas a beber estrellas es la misma por la que asciendo al límite indeciso de un amanecer desmelenado y rojo. No hay desastre. Me atrevo a cruzar entre tus pechos, pidiendo paso franco a mis navíos. Por tu aliento navego hacia futuros días,

en besos que ignoran los naufragios. Que no despiertes ahora y me dejes mirar siempre tus alas. Son las alas del ángel que perdimos, no las del oso que intenta disfrazarse —grotesco— entre las sábanas.

## X

Lo supe, lo sé, tal vez mañana volveré a comprobarlo: que las barcas más dulces nos esperan para llevarnos lejos, donde nadie pulimente la piel de los espejos para mirar la bestia que me habita. Convéncete y convénceme: el día no quiere saber que no puedo recibirlo: que sus caricias duelen como saco de yute en carne niña. Esta mañana estoy muerto y desconozco eso que ayer —con suficiencia— llamábamos —imbéciles— la vida.

## XI

¿Por qué me pides más de lo que puedo? Para que no te miren sucio, amargo, te encorbato y te peino: te encadeno porque haces lo que debes: un oso enorme que pagaré en silencio. Desde atrás del espejo me sonríes: de qué absurda manera nos queremos. Cómo me cansa a veces tu sed de eternidad, tu anhelo inútil cuando la vida puede ser la mesa, el otoño, el café, las minifaldas. Soy por ti este animal domesticado, oso absurdo que hiberna en primavera y llega a los bailes a destiempo. Por los versos que nunca escribiré, ya no me engaño. Creí que la metáfora perfecta,

la más alta lección de pirotecnia, nos salvaba. Sólo la vida vale, sólo ella cura, aunque alas derrita el rostro ciego del sol oscuro que calcinó a Nerval. Porque antes soy parte de esa masa que derrota a derrota se rehace e ilumina su marcha silenciosa con escasos instantes de heroísmo, ése por quien escribo, el que me escribe, que al ser para sí mismo es para todos.

## XII

Por una vez pongámonos de acuerdo: ahora que la muchacha cruza lentamente aquella explanada en que parece que la tarde no fuera a terminar. El rostro que te mira en el espejo es máscara que él mismo desconoce: no me enseñes la garra y luego escondas tus fauces en el beso más profundo. No me obligues a odiarte, a pensar en que existes para hacerme tu feroz enemigo, tu alcahuete, verdugo de mis ángeles guardianes. La soledad fue siempre, convengamos. Ella condujo mi tristeza niña cuando antes del sueño y del olvido pensaba qué hacer del próximo minuto y el futuro se erguía amenazante y ciego: un delirio de honda entre las manos. Miro tu rostro y me repito: "Sin esa luz oscura no sabría cómo encauzar en sangre mis palabras". Y cuando llega el día con su milagro nuevo a despertarme sólo quedan las sombras del desastre. No le temo a los viajes, sí al regreso, a volver con el rostro encallecido y una nueva dureza entre los labios. Déjame aceptar lo débil, lo egoísta, lo cobarde que soy algunas veces sólo por ser feliz, inútilmente. O enséñate brutal,

más carnicero: no implores piedad cuando me veas vencer la ola diaria, despedirla y esperar su regreso, vestida de encajes nuevos, como esa muchacha irrepetible cruza la plaza a solas en un mundo que apenas ha nacido.

## XIII

Desde el principio fue el oso y yo fui con el oso y el oso fue conmigo. Cuando él caminaba por mi pecho, la garra tomaba el sitio de mi mano. Esta tarde uso como alfombra la piel mullida de la bestia. Intactas sus armas asesinas, igual que la guillotina en los museos. "Nunca ofrezcas la piel del oso sin antes haberlo matado". Creí poseer todas las armas y ahora desconfío de este trofeo, como el cazador que vence y queda con una sed saciada a medias. Aquellas trampas infantiles, en cuyo fondo clavaba lápices agudos. El oso volverá y el bruto habrá de morir, ahogado en esta tinta.

# Última noche en Coyoacán

*Para Concha Méndez*

Enamorado siempre
y más que nunca vivo, andaría como de paso,
al fin fantasma de un mundo más ajeno
que las propias piedras que pisaba.
Pediría permiso al viento,
su venia a la estación en turno,
mas no esperaría a que la noche
de racimos cargados de perfume,
de gritos infantiles y buñuelos lejanos
invadiera por completo esa otra noche
que sólo transita en ciertos hombres.

Lo dicen sin miedo estas higueras
y estos muros que prolongan su blancura
más allá del alma y la mirada:
amaba la quietud de esta plaza
porque en ella podía verse
en rostro de otros hombres
que en silencio le devolvían la soledad
como quien por la mañana devuelve buenos días
y sabe que recién empieza la mentira.

Abría un diario,
leía a la luz de un farol noticias
que hubieran nutrido o halagado a otros.
Ignoraba la noche bulliciosa,
la que obliga a refugiarse en otro cuerpo.
Él quizás esperaba la otra noche,
aquella en la que tiempo y nombre se borraran:
creía firmar sobre arena o sobre viento,
seguro de que el mar en el crepúsculo
roba las huellas y los besos.
Pero la arena no olvidó esas letras
ni el viento olvida a quien ciñó su cuerpo.
Por eso sopla, esbelto y doliente entre las ramas,
llevando en cada hoja
la sílaba de un nombre: Luis Cernuda.

# Vencer a la blancura

*Para Alicia Trueba*

Como el pez que boqueando sobrevive,
aquí estoy sin ver el mar ni en sus orillas,
tratando de tejer con espumas mi mortaja,
víctima de mi vanidad y mi delirio.
Suelto la brazada y sólo la arena me responde,
quemándome en su silencio venenoso.
Hablo
y mi palabra se deshace en el aire
sin soltar sus arenas sobre el tiempo,
robándome a mí la que me queda.
El barco navegaba en mar abierto
y el silencio apareció sin anunciarse.
¿O es que debía estar preparado,
como el loco que sabe que es de día
y anhela la luna intrusa entre los mármoles?
Ayer el mar cantaba por nosotros,
el cielo habitaba los pulmones
y era nuestra bandera el sol marino.
Con el cuchillo entre los dientes
sentíamos el tacto de la seda
más seda bajo los polisones;
la palabra existía al abordar las naves,
espuma jubilosa coronaba la cólera marina.

Hoy,
rendido el viento al sol inconmovible,
las velas olvidan sus verdades.
Sucios y barbados vagamos por cubierta,
con el sol quemándonos el alma
sin voz de vigía que nos descubra naves,
sin gaviotas heraldos ni licores.
Y es un aguijón que el mar sepulta
en el pecho de la rosa de los mares:
soy Francis Drake bogando en el desierto.

El viejo que se lamenta solo bajo el cielo
ahora vive y muere entre nosotros.
Al mirarnos, las manos, las heridas,
las palabras escritas en los muros,
la labor de profetas es de todos.
Otros vientos habrán de levantarse
y otros hombres
habrán de caer mientras arriba
siguen volando las gaviotas.
El cielo, desde su nombre, miente.
Mienten sus nubes luminosas
proclamando una paz que no es la nuestra.
Despierto a la vida y no estoy en un barco.
No soy ballenero sino hombre de la calle.
No es el ataúd flotante, es una mesa
(los mismos tiburones me rodean
y el más feroz me mira en el espejo).
No es el mar del Sur, es el puerto.
Por el malecón de Veracruz pasean parejas,

los marineros beben en la plaza
mientras la banda toca valses viejos.
El vaso que está sobre la mesa
me mira desde su infame transparencia:
pero mis exploraciones no fueron
más allá de las columnas de Hércules
y siempre que los tifones me golpearon
mis pies estuvieron sobre tierra.
Mis tempestades fueron entre muros invisibles
y no hay aquí naufragio que lamenten
ni héroe al que se llore y se sepulte.
Antes, después de estas palabras,
*muchacha* es el adjetivo de *muchacha*
y nada usurpaba este domingo
cuando el alba abrió su flor esbelta.
Pero el hombre quiere mirar
más allá de la transparencia que lo engaña,
buscando los rostros de los otros,
buscándose en el rostro de los otros,
esperando la gota que derrame
el vaso que lo ata prisionero:
lento el poema nace en una mesa,
potro de tortura en el que nadie sabe
si el poeta o la palabra es el verdugo.
Vuelve a mirar el vaso y piensa en la botella
que flota por el mar
hasta tocar la arena en su oro auténtico.
(Detrás de la botella estuvo un hombre
que supo desnudar sus propios ángeles
y quemarse en las llamas de su infierno).

Pero la botella no es transparente
ni cuando el día
arroja su flecha y la hace verde
el mar en la cresta de sus olas.
La transparencia es sueño y otra mano
al despertarla inicia los prodigios:
la palabra contenida se hace grito,
se une al chillido de pelícano,
al resoplar de la ballena en celo,
a la risa del niño zambulléndose.
La palabra es alga que sube por el brazo
y para que el hombre sienta sus heridas
llega hasta su corazón y lo atenaza.
La hermosura tiene entonces nombre:
hunde su peso leve
y la arena que el sol y el agua pulen
revela otra presencia:
viernes.
Se mira sonriente el mar abierto,
la espuma es encaje de nacimiento
y no sudario,
el pelícano obtiene pesca entera,
la ballena quiere llegar al sol en cada salto
y el niño se arrulla entre las olas:
que todos los días sean viernes
y todo viernes puerta
y que por una vez el mundo sea de todos.

Y el hombre sigue aquí, como la música,
como el paseo en torno de la plaza,

como el mar
mordisqueando los cascos en el muelle,
advirtiendo de próximas tormentas,
como el marinero que sale del servicio
y fuma un cigarro y mira a las muchachas.
Todo es igual que ayer
menos lo que adentro
sangra sin sangre al que se atreve
a tomar las palabras y besarlas
aunque después del amor nos den la espalda.
Crece la noche con el ruido.
Las parejas caminan por el muelle
(ya se ha dicho y se seguirá diciendo:
el amor nacerá sin repetirse)
y yo estoy aquí
buscando las armas que rescaten
la palabra de manos del silencio.
Quiero hablar del mar, lo nombro,
lo traduzco a un lenguaje de pájaros y barcas
y a fuerza de nombrarlo
olvidar su nombre propio y poseerlo.
Ahab y Jonás odiaron a la ballena
y ella no ha regresado a sus océanos:
el odio ancestral abre sus fauces
y busca carne de hombre para el tiempo.
Pero no nos volverá a encontrar dormidos:
allí donde el sol hiera un muro blanco
estaremos hablando otro esperanto.
Otro arpón, Queequeg, otro arpón,
aunque la fragua no dé para tantos

y de cada mil tiros uno acierte,
entre a buscar la vida y salga a chorros,
con la alegría del mar en primavera.
Oh capitán, mi capitán,
por ti no están doblando las campanas:
es el rayo azul de la guitarra eléctrica
y la voz de una muchacha
que se muere de amor
en el corazón de un país enfermo,
como un barco en llamas
que no puede apagarse en medio del océano.
No escapaste solo, Ismael,
otros burlamos a la muerte
para combatir la blancura duplicada
y vencer o llevar el bote a pique.
No por la taza de café hirviente
ni por la frazada sobre el cuerpo naufragante
sabré que estoy entre los hombres.
Yendo hacia ellos, contra ellos,
sentiré que regreso entre los vivos
y no soy un cadáver más
muriendo entre cadáveres.
Yo no quiero saber:
sólo mirar sus cosas, no su sombra.
Otros tomaron las armas que hoy rescato
y ahora caminan ciegos por el muelle.
Me he armado con sus glorias,
he afilado sus sables,
me he *parado a contemplar mi estado*
y al fin la soledad me ha recibido.

Ahora suena el grito de combate:
que la palabra no quede entre las rocas,
llorando el mar que se quedó a lo lejos.
Que busque otro mar todavía virgen
y la palabra sea huidiza y traicionera
y al tomarla nos diga "ésta es la vida".
Pulmón al que hincha el viento, anuncia
la nave que nos quite
la mordaza del tiempo y nos bautice
con el nombre del que fuimos despojados.

Que nadie pierda ni descuide
el palmo de vida que conquista:
todo cuanto el hombre avance contra el odio
será para el futuro signo de victoria.
Aquí no hay que llorar ni por qué hacerlo.
Conmigo, en mí, está un hombre
que sabe que el mar no tiene fruto
y parte al amanecer con redes tercas
aunque a la noche vuelva más vacío
y la muerte afile
en cada derrota su guadaña.
Llego solo al final del día,
deshecho como la cama que no es nuestra,
pero que acaso en silencio garantice
el paso a esa hoja
en que hallemos las máscaras auténticas.
El adolescente más feroz se levantó en armas,
vomitando en el mar sus maldiciones.
Ahora yace borracho y en la arena

mientras la sombra de su hermano
escribe en los muros de Montevideo
una plegaria al dios que le hace burla.
Pero hay que volver a Ser,
porque el hambre de ser hombre
me hace buscar los sueños de los otros,
cañonear sus navíos, tomar a sus mujeres,
ser su grumete, fregar sus cubiertas,
subir en bosques erguidos sobre el agua
y ser por un instante Dios en esa cópula
donde agua y cielo se vuelven uno solo,
aunque después la soledad levante muros
y en cada crimen expanda sus dominios.

Cierro los párpados para escuchar
la pujanza del mar que no termina.
Cuando despierte aún estará allí
y volveré a mirar su viejo rostro.
Conoceré desiertos más estériles,
mas no aceptaré
la caricia traidora de la espuma.
Que nadie se engañe:
el barco está empezando a hundirse.
Los marineros duermen borrachos en cubierta,
los astilleros están abandonados
y los bosques desnudos.
No hay estación más justa.
Arriba las jarcias, camaradas,
habremos de combatir vientos contrarios
y salir otra vez al mar abierto,

aunque no pueda vencer a la blancura,
aunque no pueda vencer,
aunque no pueda.

# Preludios del encuentro

Incéndiate en mis ojos. No interrumpas
el subterráneo empuje
del fruto que nos nace en el silencio
y nos unge de sed y nuevas hambres.
Poder dar la batalla o poseerte
con la pura mirada, ya es historia.
Lo demás es del tiempo y sus mastines.

*

Bienvenida sea el arma.
No es tu culpa si debe abrirme el pecho
para que entre la luz. Esta herida
es el mejor dolor que me ha tocado,
pero tú lo trajiste. Bien llegado.
Nunca miré mejor que con tus ojos
y jamás mi ceguera fue tan plena.
Me has herido. Conforme. Toda flecha
parte para llegar a donde debe
y me crucé en su rumbo. Sólo pido
que me dejes la herida y la ceguera
cuando tú ya no estés para causarlas.

*

Mírate en estos ojos y contempla
el rostro del amor transfigurado.
Tantos años ha usado el mismo traje
y despiertan su asombro los primeros
dorados del otoño.
En los cuatro elementos tome forma:
en el agua que bebas me recibas,
en tus brazos prolónguese su canto.
No se extinga la llama, pues la fuente
también sabe nadar con la violencia.
Todo lo pronunciado recupere
su lugar en el viento.
Volveremos a ser lo que al principio,
cuando antes de ser uno éramos tierra
y el amor no era herida en nuestra carne.

# Mar abierto

(De Fra Filippo Lippi a Lucrezia Buti)

No fue por la palabra misma que yo dije:
"Tu pecho parece el mar Egeo".
El mar era entonces sólo un niño
y la espuma infantil de esbeltos pasos
rompía en tus pies, dorándolos apenas.
Es verdad:
ciertas noches busqué desesperado,
por frescos callejones de Florencia
el recuerdo de un mar más presentido.
El mar tiraba de mí como promesa,
así como de la planta son futuro
la nube fugaz y el sol que la mantienen.
Mar Tirreno, islas del Egeo,
esmeraldas celestes coronadas
por mis ojos que siempre han visto todo
aunque a veces el brillo los engañe.
Y quién negaba que yo pudiera irme,
que pinceles y muros me dejaran
abandonar la luz, la sombra espesa,
que aquel sereno lago en que bebía
dejara de alimentar mi sed de viaje
y el horizonte nuevo que tendías
dijera hay otros mares
en qué descubrir mi oficio de hombre.
Dije otra vez:

"Tu pecho parece el mar Egeo".
Las islas navegaban otras aguas,
asombradas de piel nunca antes vista.
Más allá de las colinas tersas
la espuma plateada me esperaba:
sin saberlo el velero recorría
el mar Mediterráneo por tu vientre.

Y qué fecundo mar y casa y mar amigo
y qué lisura inmortal para mi proa
y qué ansia por ver el mar abierto.
Sin la audacia y el coraje de otros hombres,
marineros de sueños destruidos
por el sueño grotesco de la muerte,
estuve allí, nadé por aguas tersas,
por encrespadas olas que morían
sólo después de castigar las peñas.
Quise decirte mar Mediterráneo,
otra vez colinas tersas, islas del Egeo
(¿lo dije alguna vez?, quizá mentía)
pero ya estaba mi arboladura desplegada
y tu vientre anunciaba el maremoto.
¿Quién habló de cortar los mástiles
y detener el vértigo?
¿Qué grito cobarde en la tormenta
imploró la piedad de un cielo sordo?
A toda vela hacia el desastre
quise saber tu nombre,
pero no estaba en mí sino buscarlo,
no saber ni pensar, sólo sentirlo,

y ser uno contigo en esa lucha
donde el cielo y la tierra desembocan.
Y te llamabas yegua y eras otra,
y te llamabas carne y aguacero.
Te llamaba entre el viento y respondías.
Busqué el ojo de huracán, quise perderme,
carabela de náufragos del cielo,
fiel faro de los ángeles caídos,
madre total, nodriza de delfines,
relámpago en medio de la noche,
playa de carena en el crepúsculo,
canto de las sirenas para Ulises,
estatura dormida con ahogados,
isla en nacimiento, cima absorta,
verde esposa del sol en la mañana,
guerrera de las nubes, bienhechora,
refugio de ballenas en invierno,
acero del tridente de Neptuno,
promesa de horizonte para el paria,
veladora del Fuego de San Telmo,
guardiana de tesoros sumergidos,
mascarón rescatado por tritones,
tejedora del traje de la espuma,
campanario en mitad del maremoto,
perfume de la rosa de los vientos,
señora de los piratas condenados,
pitonisa de brújulas y cartas,
hada de los salmones peregrinos,
no me salves no pidas no renuncies
a dejarme en la gloria de perderme,

de ascender al cielo y ver de frente
lo que algún día habrán de ver los ojos
que crucen otro mar abierto y azaroso
ahora y en la hora de nuestras vidas,
madona.

Regresé con el triunfo en mis banderas.
Los hombres me rodearon en el puerto,
envidiando la hazaña de mi buque.
Su casco estaba bruñido, carenado
como esa larga noche en que tus muslos
fueron concebidos por mis manos.
De nadie sino tuya la tristeza
de ángel que camina entre los hombres.
¿Quién puede vivir gloriosamente en tierra
cuando el tiempo nos quita el goce eterno?
Por eso no olvido, madona.
Por eso no pidas, mi Lucrezia,
que olvide el viaje por ese mar abierto.
Márcame para siempre con tus ojos
y después de la herida nazca el mundo.

# Puerta del verano

Una mujer y un hombre pueden, por ejemplo,
entrar en un hotel (ese templo escondido
que al ser invocado se aparece)
y amarse a plena luz del día.

Pero una mujer y un hombre deben antes
entrar en un cine aunque jamás se enteren
de lo que sucede en la pantalla
y él mire la pelusa de durazno en su mejilla
y ella le oprima el muslo cuando sienta miedo.

O una mujer y un hombre pueden
salir a caminar y que la mano de él parezca
prolongación de la cintura de ella
y que entonces sea mayor la cadencia
del caminar de la mujer,
porque a eso sólo se parece
un barco en alta mar
algunos días de primavera.

O pagar el café ya frío cuando los ojos
y las manos han dicho sí mil veces.
Y ya sin tocarse, hacerse o decir nada,
una mujer y un hombre pueden, finalmente,
entrar en un hotel y darse el cuerpo,
dejar abierta la ventana para que entren
la brisa caliente de los parques,

el oleaje de los que salen del cine,
el tintineo de cucharillas contra tazas,
la débil voz que va diciendo "así".

# Venecia

## I

No es que la recuerde:
es que apenas comienzo a conocerla
ahora que en Copilco
las hojas se baten contra el viento
y vivo —como nunca entonces—
la llegada al Canal della Giudecca,
cuando el mar Adriático teñía
con la sangre del sol su piel serena.

## II

No hay herida más honda
que la que deja abierta la hermosura:
la estatua de la niña impúber
derrota las armas del guerrero.

Yo duermo todavía
con un golpear de barcas en mi oreja
y no puedo creer que al despertarme
la luz no nacerá por los canales.

## III

Amé los labios tersos de la lluvia:
entonces no deseaba
conservar su perfil en la memoria.
Si esta tarde lloviera,
otro cuerpo de mí sería la sombra
que buscara la tuya, como entonces,
bajo un canto de góndolas meciéndose
o la lluvia danzando en azoteas.

## IV

Mi cuerpo en la plaza de San Marcos,
endurecido por el amor y el agua fría.

El viento penetrando mis oídos
con un eco del mar que no reposa.

Si la muerte pudiera decir "vamos",
apenas hoy comenzaría
a ser el hombre que era, sin saberlo.

## V

Habrá que recordar
la generosa sombra del jardín,
el canto de la fuente que lavaba

el aire de septiembre en la Piazzale Roma,
el helado de nuez con nata encima,
la cita con el Tiziano que no vimos,
los tres caballos que no estaban.

Pero habrá que olvidar aquel encuentro
cuando el puente, la barca,
los pasos primeros de la lluvia.

## VI

Esta noche apareces entre espejos,
en medio del humo que se eleva
a este cielo trunco de cantina.
Afuera se deshace el vals sobre las olas.
Cojo mi cerveza y adivino
la plaza de Coyoacán y su frescura.
Si en este reloj suenan las diez,
en Venecia está naciendo el día.
No me falta tu boca:
es sólo que recobro
el lejano sabor de tu saliva.
Me callo, hablo de libros,
digo Faulkner, Onetti, digo madres.
En la mesa no cabe otra botella.
Está lloviendo en Coyoacán. Llueve en Venecia.

## VII

Hace frío: afuera se hace tarde
mientras la mano toca en la ventana
la queja inútil de un espejo mudo.

Pero tus muslos viven en mis manos
y su ardiente dureza vuelve ahora
y enrojece mi amor entre la niebla.

Estás dentro y fuera y no lo sabes.
Eres acariciada por mis manos.
Hace frío. Afuera se hace tarde.

# Lucrezia Borgia muere en Ferrara

La niebla otra vez y aún es otro día.
El agua verde y negra del estanque
tal vez mañana no sepa de mis ojos
que al mirarla le dieron otra vida.
Si ha de volver el agua hacia la nube,
¿adónde irá mi cuerpo cuando acabe?

Fui la mujer más bella de Ferrara:
el eco de mi nombre resonaba
en los oídos de mujeres
que en el instante del amor eran Lucrezia.
La mujer más despreciable de mi reino
compartió la blancura de mi cuello
y alguna de esas tardes
fui la mujer de todos los varones
cuando asomada al foso del castillo
era tan dueña de mi cuerpo
y con tanto afán mi piel me poseía
que ni el vestido ni el viento me tocaban.

Manos de las doncellas que me cuidan,
tañan esas cuerdas hasta el alba:
el laúd de la muerte no descansa
y con suave terquedad
deposita sus besos en la aldaba.

Ciertos hombres supieron de mis pechos:
ninguno se detuvo
al canto de mi sangre solitaria
ansiosa de encauzarse en otras venas
y los hombres que ayer me acariciaban
amanecían tan fríos como las piedras
en las que yo apagaba,
más que los soles de mis muslos,
el golpe de la sangre en mi cabeza.

Pero supe lo que era amar un cuerpo
y estrecharlo a pesar de la distancia.
Para mi piel, oscura recompensa,
como la hierba caliente del verano
en el futuro de la aldeana
que rompe su carcajada en la tormenta
sabiendo que mañana
su aliento en otro aliento habrá de confundirse,
y una hoja deshecha entre dos bocas
basta para justificar la vida toda.

Supe de ti, Alfonso de Este,
y a ti te canto ahora
que la muerte se cierne carnicera
sobre Lucrezia Borgia
y no parece cierto
que el cielo esbelto y puro de Ferrara
pueda ceder el paso a su guadaña.

No supe por ti que yo era hermosa.
Sí aprendí,
a través de tus manos, que mis hombros
eran la conjunción de un mármol nuevo
y la llama sola e ignorada
que prepara el incendio al fin del bosque.
Supe que mis entrañas eran bellas
y supe de la tersura de mis ingles
(nunca supe ni lo pregunto ahora
si era yo o era la tarde quien gemía
como la golondrina que pasea
entre los dientes del lagarto).

Llueve sobre Ferrara y tú sonríes.
Reconozco ese gesto cuando empiezas
y acaso esta noche tu hambre no termine
enrojeciendo mi piel más prisionera.
Comienza otra vez,
convénceme de ser más bella que mi cuerpo,
sé como el mar, sonámbulo sin tregua.
Te quiero porque descubres
en cada regar de prendas por la alcoba
que esta noche es distinta mi turgencia
y hay en este beso
un oscuro sabor que no conoces.

Ésta no es el agua
que ayer bañó nuestros deseos.
El océano que vuelve
también se llama océano y no lo sabes.

Es otra espuma que recobras,
¿cómo podría la muerte no escucharme?
Vuelve otra vez. Llévame a la cima
más alta de la nube, donde el agua
se consuma en la cópula olvidada.

Mañana,
al mirarnos en medio de los otros,
la vergüenza, el orgullo del combate
habrán de mezclarse en nuestros ojos
como el vino y el agua que bebemos.

Mira nadar los cisnes en la fosa.
Escucha cómo canta el agua. Escucha.

# Federigo degli Alberighi espera la visita de madona Giovanna[1]

He de convencerme que el otoño,
suspenso bajo el frescor de los olivos,
adquiere otro sabor, un brillo nuevo,
cuando el sol de la tarde languidece
y el aire dispone su descanso
por este sendero en el que siempre,
sin que tú lo supieras, te esperaba.

Hoy el agua que limpia mi garganta
y las uvas cuya piel no brilla en el frutero
tienen la realidad de tu presagio.
Empobrecido como nunca y el más rico,
nada tengo que ofrecerte,
de no ser las vigilias en tu nombre.
Nada tengo para darte,
pero si llegas,
pero si amueblas mi casa con tu aroma,
palabras como banco, mesa,
jarra de agua, flores de la isla
habrán de nacer por vez primera.

[1] Giovanni Boccaccio, *Decamerón*, V, IX.

No sé si algún día podré decirte
cuánto has estado conmigo,
cómo he debido
apaciguar el hambre de mis armas
y volverte a crear en los lugares
donde creí estar contigo.
¿Qué poder conjurar para llevarte
mi violencia y mi sed del mismo modo
en que nacieron, sin que tú supieras?

Lo sé de veras, amar es muy sencillo
cuando sólo te viven los instantes
cuando ardes glorioso y sin futuro
y eres la flecha hendiendo el aire
en un tiempo presente que no acaba.

Qué me importa el futuro y su amenaza.
Cuando decidas irte,
tu luz más suave habrá de aposentarse
en estos cuatro muros
que a través de tus ojos serán casa
y no blancura estéril
que encarcele mis besos y mis ansias.
Y qué importa si me quedo
con la pasión temblando entre los brazos:
cuando el amor es causa de uno solo
en la distancia se fecunda y crece.
¿Qué ha de ser el recuerdo sino el tiempo,
el escorpión que en besos nos recuerda
nuestra lejana condición de ángel?

Si después de ti ya nada quise,
una vez que tu cuerpo se alejara
tendría que aprender un nuevo oficio:
el secreto martirio de gozarte.
Si el profeta agradecía
poder morir a manos de sus enemigos,
qué herida más honda que la que abres
con sólo una sonrisa, mi adversaria.

Ahora sopla el viento entre los árboles.
El antes y el después son como el agua
que se deja mecer bajo el otoño
y sólo el presente estoy viviendo.
Cae la tarde, Señora, tú te acercas.

# Tres retratos de la lluvia

## PRIMERO

En la zona más dura de la noche, cuando el insomne y el suicida sueñan, la lluvia. Desde sus primeros pasos anuncia la inminencia del diluvio. Sus primeras caricias, labios que en otra boca inician ese lento combate que habrá de concluir en el naufragio, dicen que su canción será larga como esa vía o aquel muro de piedra cuyo final no vemos al fondo de la calle. Súbitamente se cierra, ocupa el último espacio virgen de la atmósfera y se deja caer sobre árboles, plazas, azoteas con una furia tal que pareciera combatir a todos los veranos o fuéramos a mirar por última vez su rostro. Y cuando la mano toca el cuerpo elegido para que el amor tome forma en otra carne que es también la nuestra, sentimos, como la ciudad, lavarnos interminablemente, seguros de amanecer con rostro nuevo, dispuestos a combatir aunque sepamos que la derrota es el único premio de los héroes.

## SEGUNDO

*Para Anabel Quirarte*

La lluvia es una niña que anda con pies desnudos por la calle. Puede ser lenta, terrón de azúcar disuelto en la saliva, y entonces es amiga de la ventana abierta. Suele

enfurecerse, desafiar al verano y hacer de la ciudad un reino de paraguas. Pero la lluvia siempre es una niña que se retira, cansada, hasta su reino, mientras el sol despliega su abanico y orla de luz las nubes altas, tímida y lenta, por velar su sueño.

## TERCERO

Sentir la lluvia en la mitad del pecho y luego sentirla filtrarse hasta los huesos. Por la ventana miro una pareja correr por la explanada hasta refugiarse bajo el árbol más enorme. ¿Por qué la vida no tiene siempre tensión de cuerda lista para emitir el sonido más puro, más vital, más propio? Ayer también llovía y sin embargo no abandoné el escritorio —porque esto es una oficina donde una silla, papeles, tu retrato, la taza con residuos de café lleva mi nombre— para mirar a través de la ventana, como el marinero que interrumpe la limpieza de cubierta y asiste una vez más al milagro del sol sobre el océano. Si todos los días la fuerza estuviera con nosotros, ¿valdría la pena escribir una línea más? Que la lluvia continúe la tarde entera. Que la muchacha bajo el árbol olvide sus "no" y de sus labios sólo salgan los "así", y que cada pecho, cuando la lluvia lave todas las mentiras, sea como aquel laúd suspenso que resuena con una sola nota al ser tocado.

# Razones del samurái

*Para mi madre y mis hermanos*

*Nada que no tuviera*
*el antiguo sabor de la derrota:*
*el inútil trabajo del incendio*
*a la mitad del bosque;*
*la cólera tejida de la espuma*
*—corona, un solo instante,*
*del encaje del mar sobre la roca—,*
*espejo aliado fue de sus acciones.*

*Por eso sus victorias*
*tuvieron el estrépito*
*de lo que nace próximo al desastre:*
*el idiota que atreve un "yo deseo",*
*la lluvia que se viene en el verano*
*para encender la sed con más violencia,*
*de la niñez el vuelo interrumpido*
*cuando la fiesta apenas comenzaba.*

## I

A las tres de la tarde
de aquel trece de marzo,
la voz de mi hermano Ignacio en el teléfono:
"¿Puedes regresar?".
Y yo que le decía
del alba en California,
del cartel de la ballena jorobada
—cuarenta toneladas de energía
saltando en algún lugar de Alaska—;
del libro sobre la ballena *spermaceti*,
la Moby Dick que acometió al Pequod
y echó a pique los sueños
de su capitán alucinado;
del café que estrenaba las mañanas
con su campana oscura;
de las rubias empleadas de las tiendas
que en mi sed de comprar reconocían
las huellas del amor recién nacido.

¿Padre, hubieras querido que tu primer hijo
diera la mala nueva de que ya éramos menos?
En tus treinta minutos de agonía,
con el pie en el estribo de otro tren,
¿te acordaste de sus primeros pasos
cuando al pie de las sillas de montar
posaba como un pequeño Buda,
grave y solemne como los niños tristes?

"¿Puedes regresar?". Me dijo Ignacio.
Debajo de sus palabras se anunciaba
el valeroso miedo a ser débil,
la rabia por no soltar la brida del caballo.
Era, como en los Viernes Santos,
la hora en que llegó la quinta herida,
en aquel cuarto oscuro de Los Ángeles
donde Ignacio quería decirme, dijo, me decía
que a la tribu por ti capitaneada
la diezmaban de tajo,
que te ibas de plano, y nosotros contigo.
Y mientras yo pensaba que la vida
era para mi sed un mar pequeño,
te tirabas —sereno— de aquel puente
y dabas comienzo a las preguntas.

## II

Atrás quedan la luz, el mar, las nubes
más brillantes después de la tormenta.
A diez mil metros de altura
regreso a la ciudad monstruosa
donde tú ya no esperas mi retorno.

## III

A veces, cuando nada
pareciera librarnos del desastre,
qué ganas de ser maleducado
y de abrir, como tú, la puerta grande.
Pero afuera del baño de cantina
mis amigos me esperan: su alegría,
tras una selva negra de botellas.
Mira, siempre podemos engañarnos:
que tus libros, tu huella, tus alumnos.
Lo cierto es que tus manos ya no cogen,
que tus labios no inventan otra boca
y no orinas, a chorros, lo que bebes.
Por eso llamaré —capricho de borracho—
a la Carmen que ya no conociste
y le diré las cosas que me vuelven
más vivo que este ruido y este antro.
Y mi cuerpo saldrá de la cantina
y el aire de la noche será frío
y habrá todavías, mañanas y más tardes.
¿Qué pensaste —carajo—, qué sentiste,
al volar por segundos, convencido
de que abajo la red no te esperaba?

## IV

Don Emigdio, el abuelo, fabricaba
sillas de montar más allá de la noche.
El café, la pobreza, los desvelos
desbocaron la yegua que no tuvo.
Cuando fuiste al hospital a recogerlo
—luego supe que se llamaba manicomio—
te entregaron su ropa aún mojada.
A nosotros, por niños, nos dijeron:
"Su abuelo murió ahogado en una alberca".
Pero una voz más honda nos decía:
"La luna despertaba su otra sangre
y afilaba navajas en su carne.
El agua donde su cuerpo navegaba
en las manos sin cuenco de la muerte,
le ganó la partida a la locura".
¿Qué diremos de ti que no te turbe,
qué diremos de ti para que nada
interrumpa tu sueño?

## V

Larga y lenta canción de la desdicha:
quien apuesta a su incierto pentagrama
traza su propia trampa y la sonrisa
de una doncella coja a quien invitan
a baile de palacio.

No hay canciones felices: lo que duran
es aire para vivir los otros días,
fruto de la amargura cotidiana,
asfixia de la hoguera en la semilla.

## VI

El arrayán sacudido por la abuela,
el único árbol en su patio,
era un hermano más: solitario, tristón,
sostenido en pequeñas alegrías.
Como los terremotos, imprevistos,
cuando el padre y la abuela se enfrentaban
era el tiempo de huir, de refugiarse
a la sombra del árbol,
jugar a la soledad con los mosaicos,
contemplando la hierba que crecía,
igual que mi tristeza, a lo salvaje.
Más tarde, además de juguetes, tuve libros.
En los cursos de invierno repetía *La robe est verte*,
verde como los ojos de la niña
que maduraba tigres en mi sangre.
Refugiado en su luz y su perfume
miraba el cielo oscurecerse y me sentía
como ese arrayán que en casa de la abuela
era el hermano ausente,
desmelenado y solo, orgulloso y viril,
al fondo de la casa.

## VII

Entonces también era diciembre
y el aire era de lima y tejocotes.
En uno de los equipales tapatíos
que saben ser eternos, nos dijiste:
"Sentarse aquí para esperar la muerte".
Lo recuerdo con rabia y te imagino
sacando a la Catrina de la greña
cuando no te tocaba,
a las tres de la tarde de tu trece de marzo.

## VIII

Escribo de este lado del espejo:
no ignoro que respiro, que mi cuerpo
es un buen animal que me soporta
por la ciudad en ruinas, tu dominio.
Y no olvido que hablo de la muerte
como niño que burla a un toro ciego.
Al hallar las palabras que te buscan
la verdad es que hablo de lo mío,
de lo que soy por ti, de lo que tengo
para encender la hoguera
cuando pienso que estás doliendo menos,
para que no te olviden la prudencia,
el sentido común, el tiempo curandero.

¿Creerás que mis palabras
quisieran ser el diálogo,
un desquite a destiempo
por todos esos puentes
que dejamos tendidos en el aire?

## IX

También los grandes *icebergs* se desploman.
También esas montañas como dioses
se rinden a las armas
del tiempo y sus legiones.
Igual que a nuestros dioses, otros dioses
los arrastran, los llevan, los humillan
para hacerlos monarcas en exilio.
Te disuelves como un *iceberg* en el tiempo.
Pero nada convence a la memoria
de que el dolor presente es el comienzo
de los siete dolores
que debajo del mar me están guardados.

## X

Pero valió la pena lo bailado:
la caricia del mar,
su azogue estremecido;
falsa estrella que, trémula en la mano,
te pagó por caricias de sirenas

que en tus huesos tatuaron su perfume.
Aunque armas y letras te prolonguen
poco a poco te irás, como se borra
el olor del amor bajo las aguas.
Nadie se queda en el recuerdo.
La mejor de las formas de guardarte
es respirar a puños este aire
encendido de luces y muchachas,
vacaciones, jardines, desencuentros
que nos dejan, con sed, en el preludio.

## XI

Tú le abriste la puerta. Estoy seguro
de que no te doblaste al enfrentarla,
y en tu vuelo sin alas regresaron
las palabras ardientes del vencido,
con la ciudad a punto de perderse,
al encuentro de un sol de bayonetas.

Pero hay algunas tardes, como ésta,
en que el traje de luces no la viste
y la muerte es pequeña y pobre y pinche,
como un pulpo vulgar, incontinente,
que nos riega de tinta la camisa
y nos quita la entrada de la fiesta.

## XII

Te conceda la gracia de las nubes
y, aún inmóvil, mires lo mutable,
y vuelvas en verano, con la lluvia
a inventar la ciudad inagotable.
No el océano que amaste sino el cielo,
más alto que los hombres y los barcos,
te nombrará farero de las nubes,
profesor de sirenas descarriadas.

Contemplarás los blancos paquebotes
esculpidos en luz o ala de ángel,
navegar por canales luminosos
con el sol en sus cuerpos imposibles.

Todo será futuro, sueño ardiente,
y estarás en un cielo más tangible,
el burlador triunfante de tus ansias,
cuando diste batalla entre nosotros.

# Encuentro con la nieve

*Para Nelson de Vega*

Nevó toda la noche y amanece
la tierra inmaculada.
Quién pudiera decir que bajo el manto
prepara su verdor la primavera.
Si la pureza existe,
qué semejante es a la nieve:
hoja blanca cedida por el mundo
para probar que nada permanece.

# Elogio del Vampiro

... to be touched only with a glove,
nor to be approached without a mask.

Nathaniel Hawthorne

## I

Para qué perseguirlo,
clavarle una estaca de madera,
condenar de antemano su apetito,
lamentar su presencia en nuestra vida:
el Vampiro no pasa
si nosotros no abrimos la ventana.

Escucha su canción
no sólo desde el páramo o el bosque:
en el agua turquesa de los trópicos,
en los cuartos de hoteles,
en la tela de loro del mercado,
dondequiera que el hombre reconoce
el brillo de otro cuerpo y necesita
el marfil del Vampiro en su garganta.

Inocente, el Vampiro:
le decimos que es cruel cuando nos hiere,
e invocamos a Dios cuando el diluvio

que nuestra propia sangre ha conjurado
mantiene a la deriva hasta los muebles,
a pesar de las leyes y de Newton.

El Vampiro es tan bello
que el azogue se niega a reflejarlo.
Si su sombra te alcanza,
olvidarán tu nombre los espejos,
pero hallarás un eco en la hermosura
de quien has elegido como doble.

Quisiera amar la luz, pero ya sabe
que el amor sabe a sombra perseguida,
al vahído final de los ahorcados,
a todo lo que termina en arrebato.

Ábrele tu ventana.

Cuando pruebes su vino,
sentirás que la vida se prolonga
y el agua de sus copas es de vidrio.
Acepta sus mentiras:
nunca estarás más vivo que en sus brazos.

## II

Ahora es el turno de otra muerte:
todo cuanto te dio la vida
—el oasis fecundo del presente
donde todas las sedes se saciaban—
lo cobrará con creces la agonía
de saber que la muerte es un gran circo
de fieras que no dejan cicatrices.
Volverás a la vida mutilado:
tu sangre no será la recompensa.
Nadie sabrá que has sido el héroe
ni que mojaste pólvora en su infierno.
No hay consuelo en saber
que ibas a caer desde el principio,
en el vuelo en que eras más hermoso,
la manzana más plena del verano
—el Gusano Vampiro en sus entrañas.

## III

Puede llamarse viento o quemadura
porque es la más perfecta de las formas
y a lenta perfección mata despacio.
Ahuyenta la razón.
Conjura al corazón
su vuelo en llamas,
sus pájaros a pique.
El ángel es Vampiro.

Para abrirse camino rompe y rasga,
prende, se aviva, crece, inflama
como perro que rabia sus amores.
Te harás veinte preguntas
y al final hallarás una respuesta:
el agua que bebiste
es este charco inmundo
que en nombre del Vampiro
creíste convertir en un oasis.

## IV

La soledad, su gloria y su infortunio.
Es el Otro, el Ajeno, el Exiliado
y habla en un lenguaje incomprensible
para el que no ha probado sus colmillos.
El Vampiro no es hermoso a medias:
colecciona el fulgor de su artificio,
recolecta los brillos de hojalata,
luz que vence a la noche por instantes.

El Vampiro no piensa,
pero triunfa de tu prudencia y tus cuidados.
Deja en tu escondite las defensas,
tus collares de ajos,
la plata con que quisiste amenazarlo.

Pero nunca lo olvides:
cuando te sientas pobre, oscuro;

cuando lo mires pulcro y elegante
mientras tú te vistes de prestado;
cuando estés más sediento que el Vampiro;
cuando más te desprecies
por saber que lo envidias,
no olvides que está solo.
Besa muy lentamente sus retratos.
Despliégate en la noche.
En su látigo huele tu perfume.

## V

Otros depredadores instintivos
—el pirata de más de siete mares,
las navajas veloces del milano,
el oso enloquecido de salmones,
el mercenario a sueldo—
exhiben el poder de su exterminio.
De todos, el Vampiro
es el más peligroso, por discreto.
Te sorprende y te mata,
hermoso como el tigre
armado hasta los dientes,
lujoso como la piel de la serpiente.

## VI

Cuando el Vampiro vuelva por sus fueros,
conjura poderes semejantes
y acude al arsenal de tus heridas:
en el pecho te hundió la peor estaca
cuando tú combatiste con pureza.
Sólo entonces,
bajo tu estrella oscura,
embriagado en espumas rencorosas,
podrás sentir piedad del que regresa
a vivir de tu sangre.
Tarde o temprano se abrirá la trampa
y el Vampiro será polvo y olvido.

## VII

Las dos terceras partes del cerebro
de los grandes escualos
las ocupa el sentido del olfato:
numerables legiones de la muerte,
una gota de sangre las excita
en el coto de caza que dominan.
Inútil ocultarse del Vampiro
cuando es el corazón plaza tomada
y lo vence un puñal de sinfonola
o el borracho que silba
en la noche sin nadie.

## VIII

Y jamás le reproches su abandono.
Te mordió porque es bestia,
y su sed es la sed del mar vencido
que mitiga su rabia con naufragios;
su pasión, la del niño traicionado.
No pienses en que dijo "para siempre":
el huracán no deja un tronco entero
ni cambia sus azotes por caricias.
Si de algo te sirve, los vampiros
aman más a los fuertes y a los locos,
pero nada los ata.
Dirás que nunca más, que ya no quieres.
El Vampiro es un vicio refinado
y esperará, paciente, tu retorno.

# César Rodríguez Chicharro vuelve a casa

La ciudad ha cambiado y yo con ella.
Antes el frío era un compañero rudo
contra el cual se peleaba por deporte.
Ahora,
cuando siento que el brazo se me entume,
abandono la calle, entro en la casa,
llego hasta a cantar en voz muy baja
como si así ahuyentara los acechos
de la que tiene el número y la llave.

Quizá si todas las infancias
hubieran tenido huertos claros,
patios de sol a plomo, limoneros,
un ángel más traslúcido sonriera.
Recuerdo un mar cenizo, un barco austero,
la gente toda en negros ataviada,
como una premonición de la otra muerte
que es el perder a la tierra del principio.

Veracruz era hostil, desconocida,
como un barrio que no nos reconoce.
Al súbito brillo de palmeras
sucede la penumbra de esta casa
a la mitad de la colonia Roma
donde viven mis muertos.

Mi amor por la media luz viene de entonces:
el destierro al principio concertaba
un orden diferente, un duelo involuntario.

Mis acciones han sido las de un hombre:
me quedo en la ternura más que corto,
no sé comprar un traje, me molesta
encender una estufa y las escobas
me son tan repugnantes como las medias tintas.
Aún soy el niño amargo de ese entonces
pero creo —hasta ahora— en lo de siempre:
el poema que nace a pesar nuestro,
los amigos que olvidan
mi genio de puercoespín a contrapelo,
las mujeres que pasan por mi lecho,
más hermosas, más putas, más fugaces
que la unión destinada a consumirnos.

En esta tierra he aprendido lo que a otros
les lleva toda una vida desandar.
Hice algunos hijos y unas páginas
que a veces se acercaron a la vida.
Los árabes —más sabios— lo supieron:
puedo emprender el viaje
en cualquier caravana.

Hablé a mi corazón,
ese trozo de carne que sostiene
con necedad mis jarcias enmohecidas.
Lo he escuchado de noche, combatiendo

como el tren que conoce su trabajo
y no tiene carbón que consumir.

De cuatro soledades que miraron
las palmeras y el cielo mexicanos,
yo soy la memoria de la casa.
Me va a alcanzar la sombra como a ellos,
dejaré en el tintero varias gotas,
cartas por contestar, nuevos combates
cuya mejor victoria fue el intento.

Solo llegué al mundo. Solo vuelves
por una calle sola
cuyo nombre que dices en voz alta
solo suena en la noche.
La nueva tierra es ya antigua y la otra,
más allá del océano, es casa ignota.

Si ha de llegar la muerte, sea.
Qué difícil saber que han de acabarse,
más que la vida, los instantes
que la vuelven única, perfecta,
como esta noche igual a todas y distinta
en que alcanzo mi puerto.
Canta nuestra victoria, corazón.
Aún la vida es nuestra
si me canso de noche
y el cuerpo pide cama
y el estómago el pan de cada día;
si podemos llegar, desvencijados

a este zaguán oscuro
donde gimen el gozne y el candado,
los fantasmas más fieles de la casa.

Yo mismo me sorprendo
al pronunciar "mañana" y "siempre",
alegre por estar en un planeta
más eterno que duelos y quebrantos.

# Rubén Bonifaz Nuño escribe *As de oros*

Blancura conquistada por un fuego
siempre joven, nonato, transparente:
tres veces puro amanecer del canto.
El fatal caballero de la torre,
a solas con la ciudad bajo la lluvia.
En la página inmóvil los guerreros
forjan de acero virgen sus espadas;
cruzan jinetes, yeguas prodigiosas,
y las ansias de un mar encadenado
untan de sal los labios de los héroes.
Más que el amor, el cuerpo femenino,
prodigio de sí mismo, miel suspensa,
panal en la salina del desierto.
Con la pasión del argonauta escribe,
y es el oro, la flor, las armaduras
del cuerpo ennoblecido en los regresos.
Cesa la lluvia en la mujer dormida.
El caballero guarda sus alfanjes.
Blancura conquistada por un fuego
siempre joven, nonato, transparente:
tres veces puro amanecer del canto.

# Preludio para desnudar a una mujer

Que esté, de preferencia, muy vestida.
Por eso es importante que las medias
sigan cada contorno de sus muslos: que disfruten
la pericia, el estilo del tornero
que supo darles curva de manzana,
maduración de fruto al punto de caída.
Disfruta de la tela perfumada
encima de los jabones y los ríos.
Acaríciala encima: su vestido
es la piel que ha elegido para darte.
Primero las caderas:
es la estación donde mejor preparas
el viaje y sus sorpresas. Cierra los ojos.
Ya has pasado el estrecho peligroso
que los manuales llaman la cintura
y tus manos se cierran en los pechos:
cómo saben mirar, las ciegas sabias,
el encaje barroco de la cárcel
que apenas aprisiona dos venados
encendidos al ritmo de la sangre.
Si los broches y el tiempo lo permiten,
anula esa defensa: mientras miras sus ojos
deslízale el sostén. Y si protesta
es tiempo de estrecharla.

Acércala a tu boca y en su oído
dile de las palabras que son mutuas.
En un ritmo creciente, pero lento,
trabaja con los cierres, las hebillas,
los bastiones postreros de la plaza.
Aléjate y admírala: es un fruto
que pronto será parte de tu cuerpo
y tu sed de morderla es tan urgente
como la del fruto que anhela ser comido.
Has esperado mucho
y tienes derecho a la violencia.
Deja que la batalla continúe
y que el amor condene a quien claudique.

# Preludio para vencer el martes 13

Invoco los malos vientos: el terror de los niños insomnes a punto de perderse en el naufragio; los nortes que azotan los muros en el puerto y al irse depositan esa lepra del mar que se mete en el alma de las cosas.

Conjuro al gato negro —sombra de la sombra— que causó la desgracia de mi estirpe al cruzarse en el paso de mi abuela; bajo la nube que presagia el martes 13, pongo el retrato más triste de mi padre, niño abandonado a su pequeña historia, difuso su semblante, clara su condición de torturado.

Abro la puerta a la ola de tinta que nos sabe inundar a los Quirarte: llovernos, empaparnos, humillarnos, dejándonos la lucha por consuelo. Me planto —valiente escapado de una baraja de la lotería— con todos los amuletos que me otorgas: tus presentes perfectos, conjugados en besos que encienden en tu ausencia, el sudoroso neón de los hoteles, el sabor de tus muslos, que me devuelve el ansia adolescente, jadeante de amor en los zaguanes de la ciudad antigua.

Y aletean por el aire —poesía— legiones de tus ángeles en celo. Los embosco y derribo, para que me revelen el lugar donde nacen tus palabras cuando rompes amarras y te entregas a la pantera fiel de tu lujuria. Poseedora de todos los tréboles benditos, pata de conejo para el pobre, que la luz de tu cuerpo inunde esta miseria. La desgracia

mayor del martes 13 no me roba el anhelo de esa fiebre
donde nace el relámpago de oro.

# Luz de Mayo

Guardados del diluvio
en dinteles de la ciudad antigua,
mi madre nos decía: "Esos truenos lejanos
anuncian que ya se va la lluvia".
Era su caricia, su forma de decirnos
que lo peor terminaba.
Mamá se llama Luz,
desnuda de María,
Luz poderosa y blanca y siempre niña.
Cómo poner en duda sus palabras,
si en mi carne se llama Luz de Mayo
y nació en el mes de la lluvia.
En las calles mojadas,
—perfume de tierra estéril, pero nuestra—,
todo era de nuevo bautizado:
el agua corregía
el dibujo de cúpulas y torres,
encharcaba jardines, penetraba
como caricia sabia, profunda, permanente.

Así nos iba hablando
sobre los temporales de su tierra,
cuando en Silao, de niñas,
sus hermanas con ella
recitaban a coro *La Magnífica,*
oración contra el trueno,
preludio de sus brincos sobre los charcos.

¿Te acuerdas, Luz de Mayo,
de tu gesto inocente al hacer la diablura
de meterte en la cola de los cines,
serena como los condenados o los santos,
para que a todos nos bañara
ese chorro de luz, tan alimento
como el café con leche de los chinos?

He querido ser fiel a la manera
en que guiaste el rebaño.
No aprendo todavía
a ganar mansamente.
Se alzan en mi contra los amargos
aletazos del ángel ceniciento,
malguardián de tu esposo.

Hoy que los temporales
son, con los años, más violentos
(siempre se nace a todo, nadie aprende),
me gusta ver la lluvia batirse en retirada,
cuando el cielo lavado
anuncia que el demonio se apacigua.
Entonces, aunque te encuentres lejos,
entiendo tu caricia y tus palabras
para enfrentar la calle,
donde tu luz de mayo pastorea
mis tardes de lluvia,
pero también las otras.

# Plaza Mayor

En la terraza del viejo hotel Majestic
celebramos los oficios del viento:
montañas y nubes incendiadas
al fondo de la calle
nos devuelven imágenes perdidas
y el sol vuelve a poner
los seres y las cosas en su sitio.
Un grupo de palomas se desprende
del sagrario barroco
y firma en el aire su victoria.
Dan ganas de decirle a la ciudad
lo que el coro festivo de albañiles
a esa mujer madura pero hermosa,
cuando el arte mayor de sus tacones
parte la plaza vespertina:
"Todavía, Señora".

# Amanecer en Saint-Malo

Soñé que la ciudad nos recibía palpitante de luces, engalanada con lluvia, con su aliento de hielo, para que al abrazarnos la abrazáramos.

Soñé que manejaba un convertible blanco en una ciudad siempre ocupada por la primavera.

Soñé que ayudaba a un niño cojo a clavar una barda de madera mientras tallaba peines de cuerno con formas animales.

Soñé que mis sobrinos se transformaban a voluntad en mansos san bernardo. Me vencían, me tumbaban, me lamían como si me esculpieran. Cuando era el turno de ser niños, fabricaban laberintos de jade, juguetes prodigiosos anhelados por fabricantes de relojes.

Soñé que el mar tenía quince años porque tú lo mirabas. Nadie lo había mirado así, de verde a verde. Descubierto, apenado, adolescente, jugaba a olvidarte con su ruidosa banda de delfines.

Soñé que la ciudad tomaba por estandarte tu vestido de niña marinera. Pasabas revista a las tropas en todos los bastiones y los guerreros te nombraban amiga de mi Sangre, Señora del Alto Insomnio, Suprema Sacerdotisa del Asalto.

Soñé que los grandes pájaros marinos —negros como el cuaderno de las algas— volaban sobre la tumba del poeta y ocupaban las ramas del árbol afuera de su casa para cantar por él.

Soñé que un marinero dedicaba su vida a tallar tu rostro en pipas de espuma de mar que botaba a la hora del crepúsculo.

Soñé que te tocaba como no te he tocado. No me atrevo a olvidar lo que dijiste. No me atrevo a decir lo que dijiste. Conservo el tramado celeste de una seda dormida y despierta en tu epidermis.

El mar estaba ahí, desde temprano. Preparaba sus cosas para el día, como un profesor que aguarda a sus pupilos. Pero esto ya no lo soñaba.

# Spider Man Blues

*Para Benjamin Burgess*

Elogio del tiempo antiguo.
Escalabas los viejos edificios
y eran las azoteas
tu dominio completo: tendederos,
pianos en el desvelo, plenilunios
aliados del licántropo y el loco.
Todo el tiempo era tuyo y no sabías.
Patrullabas los barrios sin temores
al asesino en turno. Mayor era tu crimen:
estar en el mundo con dos caras
y en las dos serle fiel al heroísmo
desconocido y breve de ser joven.
Encima la soledad, más vasta que la noche.
Debajo de tu máscara de carne,
tendida sobre tu cama y tus papeles
dentro del corazón, tan desbocado
por mujeres que no te conocieron.

La soledad es músculo del alma.
Bajo las peores lluvias navegabas
y el cuerpo resistía. Era hermoso
entrar por la ventana y despojarte
de tu armadura frágil (una tela de araña
a veces resiste más que las promesas).

Era bueno el fracaso, ir en su busca,
y decir está bien y reírse y no quejarse.

Eras el no ser de todas las muchachas:
ignoraban tu nombre y tu lenguaje.
Menos tu ciudad, tu novia, tu doncella.
Desnuda te recibía cada mañana.
Con su velamen pleno, la catedral
desplegaba sus formas en la bruma.
Escapabas de clase y ascendías
para ser esas torres y mirar
con sus ojos de piedra.
Tatuabas en lugares secretos
tus señales más hondas.
Te quedabas las horas frente a un muro
donde la ciudad, cartógrafa, trazaba
sus mapas de colores.
Tigre de veinte jaspes, el salitre
devoraba las huellas de los hombres.

Eran los tiempos castos del sediento.
Encapuchado el rostro,
ibas de jaula en jaula, doloroso
como antorcha sin aire.
El amor es difícil dentro y fuera.
Cuando no te querían, te ofrendabas
al hambre de la ciudad y sus sicarias.
El aura de los borrachos y los niños
te negaba los dones del desastre.

Te sentías infeliz y no lo eras.
Eres feliz ahora y es amargo
saber que Peter Parker
vive con una esposa
que lava su camisa y su disfraz heroico.
Ha muerto el Hombre Araña.
Fuiste el único fiel en el velorio.
No pretendas buscar al asesino:
la esquela que leíste
fue escrita con tu letra y con tu tinta.

Ahora te avergüenza
precisar del alcohol en las arterias
para enfrentar la calle. Sales de vez en cuando
y evitas —como el valiente sabio— la pelea.
Patrullas con temor las mismas calles
de una ciudad ajena.
No te duelan el café, los portafolios,
la ganada caricia
que te cierra la herida.
Debajo de la corbata está tu pecho
y en él las cicatrices tejidas por la araña.
Es otra tu forma de ser héroe.
Si lo dudas, perdido entre los otros,
y te crees expulsado de la altura,
reconoce los rostros de tus hembras:
son la calle, la noche, las estrellas,
claras hadas madrinas del oscuro.
Ellas no se han movido
ni dormirán, para velar tu sueño

si sabes ser fiel a sus fulgores
y aprendes a brillar para el muchacho
palpitante en tu carne,
portador de la máscara en la noche.

# For No One

Mañana te espera la ciudad.
Sus sentidos presienten
el color de tu aliento,
la emboscada de lujo de tus ojos,
el compás de las piernas que sostienen
tu cotidiano imperio.
Mañana la ciudad será tuya.
Te negará secretos,
no te dirá su nombre ni sus mapas.
Mas paulatinamente, como el cuerpo
añoso que en el jardín recibe la bendición solar,
hará de tu breve falda su bandera.
Mañana la ciudad será más joven
con tu sangre en sus venas
y en el aire el perfume de tu nombre.

# Jaboncito de hotel

Adelgazado, ya casi transparente,
vaticina en la palma de la mano
los senderos del día.
Me iré antes que él, y su perfume
no tocará la piel del otro cuerpo
sucesor de mi espacio.

Te doy las gracias
por hacerme mirar mejor plantado
el árbol que sostiene a la mañana
o por abrir con tu mejor frescura
las faldas de la noche.

Breve como el amor, insuficiente,
te juntarán con otros
pequeños restos de lo que fuiste
y seguirás corriendo bajo el agua,
pero no serás más tú,
ni tú ya más en mí.

# Sirena en el tiempo

Ahora tendrás gran parte de las cosas
que entonces no tuvimos, y acaso no recuerdes
las caricias que en medio de los muslos
nos ataban a la mesa del café de chinos
donde creímos guardarnos de un desastre
que entonces llamábamos la lluvia.

Cien pesos eran la opción entre el hotel de paso
y las obras completas de Xavier Villaurrutia.
Ahora puedo tal vez comprar más libros,
pero algo he aprendido:
hay más vida en la cama y el naufragio
que en la angustia de páginas ajenas.

Ahora podría llevarte a alguna playa
hecha para tu desnudez y mi delirio.
Y si entonces hubiéramos dejado
esta enferma ciudad que aún nos cerca,
nunca hubieran mis manos conocido,
en sus dulces y más sórdidos rincones,
tu inicial calentura adolescente.

ahora que tal vez no me recuerdas
me dueles entre clases, galeras, traducciones,
en este café donde la lluvia
ha traído un cardumen de sirenas
iguales a la que fuiste un día,
dispuestas a combatir hasta el orgasmo
en contra de la ciudad inconmovible.

# La muchacha de al lado

*Para Clara Morán*

De la muchacha de al lado lo sé todo. La historia que me cuenta no es materia de bando ni rumor de pasillos. (Escucha cómo suena el roce de la falda contra sus largos muslos). Ocupa, sin embargo, la plana primera de mi vida. Es el reloj del solo, el diario del soltero. Se llama con un nombre para todos, pero es para mí la luz que, al despertarme, carece aún de nombre y encandila mis ojos una vez que se aleja. Entonces adivino la talla de su blusa, el perfume en su pulso, los cincuenta y seis pasos y medio que da para llegar desde su casa al coche. Le declaro mi amor a sus zapatos y al moño que corona su azabache. A la ropa que tiende y al sostén arrullado por alisios. Mi muchacha de al lado vuelve a casa. Por mis oídos entra la relación del día: el modo como apaga el coche me dice si la han besado como se debe o si la ciudad se ha conjurado en contra suya. Cuando cierra su puerta, saboreo palabras que teje, siento el peso de la ropa que castiga al arrojarla al cesto, aún con el perfume de su cuerpo, ya sin el tacto de su cuerpo. De la muchacha de al lado lo sé todo. Tanto que, cuando tenga novio, le diré que se baña a las siete y tres minutos; que canta una sola canción, siempre incompleta; que en la ausencia es más clara que su nombre. Y le daré la almohada en que la escucho, cuando la sé en la suya, cerca como la puerta de al lado, lejos, como si entre ambas puertas se tendiera el océano.

# El poeta y sus críticos

This Grave / contains all that was Mortal, / of a / YOUNG ENGLISH POET, / Who, / on his Death Bed, / in the Bitterness of his Heart, / at the Malicious Power of his Enemies, / Desired / these Words to be engraven on his Tomb Stone / "Here lies One / Whose Name was writ in Water".

Inscripción en la tumba de John Keats,
Cementerio Protestante, Roma

Pero dirán tu nombre
la arquitectura de los cables
cimbrados por tranvías
en fuga hacia el crepúsculo romano;
las muchachas que buscan en silencio
el rincón más oscuro del Trastevere,
mientras las márgenes del río
se pueblan de caricias y jadeos;
el foro que guarda entre columnas
los amores nocturnos de sus gatos.

Y más que sobre el agua
tu nombre permanece
en todo lo que amaste,
porque ardes sin tregua
en la inútil belleza de las cosas
rescatadas en nombre del presente.

# La mirada

Más que la voluntad de hacer
La indolencia encendida de los ojos
Más que el aire invadido por los verdes
La ventana y el marco y la figura
Más que los antes los siempre los ya nunca
Este no ser y estar en el instante
Más que la herida fresca de la tinta
La serena sonrisa de sabernos
Ocupados finitos y completos
Cuerpo ya del paisaje
que seguirá viviendo sin nosotros.

# Zarabanda con perros amarillos

*Para las alas de mi hermano*
*Ignacio* (1951-1998)

Le malade se rend parfaitement compte du péril qui le menace d'au dedans de lui-même; il se sent devenir d'heure en heure plus dangereux pour son prochain; et cependant l'orgueil et la crainte d'avouer son mal lui imposent un criminel mutisme. Son unique préoccupation sera désormais de fuir l'infernal Sosie installé dans son âme ténébreuse.

O. V. de L. Milosz,
*L'Amoureuse initiation*

Quiero un cielo bien celeste aunque me cueste
de verdad, no cielo de postal.

María Elena Walsh,
"Marcha de Osías"

Despite Prozac and her daughters, there's no
cure for sadness.

Susanna Kaysen,
"One Cheer for Melancholy"

## I

El mar que nos vendieron en la infancia
era un monstruo sin sueño.
Hondo y alegre. Traidor y colorido.
Salimos a su encuentro, aún con las estrellas
profundamente ancladas en la altura.
Al romper la mañana, el mar, pronunciamiento,
se anunciaba en tres perros amarillos.

El primero sostuvo la mirada
y en su papel pautado me inscribió:
*"Me quedo en tus pupilas,*
*sin convite a tu fiesta de fantasmas".*
El segundo cojeaba,
y con su pata buena me decía:
*"No es nada. Es dolor".*
El tercero tensó todos los músculos
y escribió su poema con las olas.

El paisaje era líneas, colores y ladridos.
Marina con tres perros, la familia
de un Robinson Crusoe de media hora.
Amarillos, monedas de oro falso,
ardían, refulgentes, más que el sol,
actores del I Ching donde leía
el mapa de mi sangre.

Mi cuarto hermano era el perro mayor,
relámpago o ladrido:
el mar que nos vendieron en la infancia.
El cielo era mi padre. Y mi madre la tierra.

## II

Llama otra vez el ángel negro
y nos descubre inermes.
Apenas ayer entramos en el sueño, fatigados
de haber combatido cuerpo a cuerpo
en contra de su legión y haber vencido.
Ocupa todo el cielo con sus alas,
y no obstante ser el mismo, es otro.
Nacer en cada muerte. Resistirla.
Verla en su espejo oscuro. En esta vida.
Ataca sin aviso, el ángel negro,
y todo hay que inventarlo
como si por primera vez nos visitara.

## III

En la madrugada, sentados a las afueras
del edificio donde te hacían la autopsia,
esperamos tu cuerpo.
El lugar era hostil, oscuro y polvoriento:
a cambio de la mutilación nos recordaban
el privilegio diario de la vida.

El hombre,
ese animal que llora a sus criaturas.

Encender un cigarro
era vencer el miedo del instante,
como el ser inicial
que al descubrir el fuego
ya no temió las fauces
que ayer le arrebataron a su prójimo.
Aumentaba la noche
y el dolor era un nudo corredizo.

La muerte, ese tiempo impecable
que congela el presente
y enseña a respirar con más respeto.

## IV

Pasamos de uno en uno
a enumerar los *qués*
(el *cómo* es una historia más extensa)
y a escribir por el otro la página final
de su estancia en la tierra.
Detrás de su máquina Olivetti,
una muchacha, dulce y fresca,
en su hoja de escasos caracteres
acabó con tu vida
y comenzó la otra,
esta página en blanco
que nunca acabaremos de llenar.
Hizo pocas preguntas,
y ser, en la antesala del infierno,
dulce y fresca era el regalo
que la espléndida muerte nos cedía.
Luego me llevaron a un largo túnel
del que salió primero un joven
vestido más de carnicero que de médico
y me entregó tu cuerpo.
Algo había de ángel
en esos dos muchachos,
tersos y duros como la orografía
de tu nuevo silencio.

"¿Es éste su hermano?".
Eras mi hermano y no,
eras ya el otro.

En el brillo invencible de tus ojos
me pasabas el brazo por el hombro.
Parecías decir que todo estaba bien,
que había que despedirse,
que el mundo era más joven que nosotros.

## V

La mañana de mayo en que te fuiste
era el viento un tenaz enamorado
que estremecía las frondas
de árboles crecidos con nosotros.
Un grupo de niñas prófugas fumaba
a la orilla del lago,
junto al cuerpo desnudo de una lancha,
un animal inerte sin sus risas.
Mientras el sol pulía
con su lengua de luz las calles nuevas,
una joven señora enseñaba a su hijo
a beber de una taza sin quemarse.

Esos breves rituales te ataban a la vida
y hacían que tu corazón se iluminara
como cuando de niño desarmabas motores
e inventabas el mundo.

Hoy esos tornillos se me oxidan en clavos
y este nuevo caballo de tequila
no electriza mi sangre
ni me monta en la yegua de otros días.

## VI

Jugábamos al monstruo.
En los antiguos baños del convento
habilitados como lavaderos
vimos llamas azules por el aire
y oímos las cadenas de los monjes.
Mamá nos invitaba
a recoger la ropa en la azotea
donde —dicen— espanta todavía
un hombre sin cabeza.
Por la escalera de caracol
una vieja señorita, profesora de piano,
invocaba en sus teclas a un demonio
que unos años después se llamaría
Johann Sebastian Bach.

Gozábamos el miedo
y eran los fantasmas nuestros cómplices.
A la salida del programa triple,
Lugosi, Karloff y Vincent Price
—barones de la noche— iluminaban
color de pesadilla nuestros sueños
y entrar solos al baño era una empresa
en la que tú portabas el arma, el amuleto.

Hoy que eres el muerto
y no estás para cuidarnos,
otros son los fantasmas.

El animal crecido en nuestros miedos
te separó en su coto.
Tiempos hubo en que supimos evadirlo
y a veces hasta creímos
haberlo aniquilado.

Conservabas intactos los conjuros
del *Necronomicón* de nuestra infancia.
Jefe de la manada,
hijo de tigre,
primer oficial del capitán perdido.

## VII

Un cable profesional de uso pesado
conecta mejor el alma
con el cuerpo tangible de la música
o soporta tu peso en el espacio.
Expertos en alta fidelidad
lo llaman Cable Monstruo.
Los iniciados saben
que sus piezas nucleares son de oro,
piedra filosofal, cordel, elíxir
para calmar la sed del Minotauro.

Un cinturón de piel negra y brillante
—víbora con traje de pantera,
sola prenda que ciñe una cintura—
hace de las caderas femeninas
un planeta sin límites
o mide la amargura en agujeros.
La soga trenzada con fibras vegetales
rescata de la arena al desahuciado
o al del alma robada le permite
caminar en el aire
y ser otra vez la transparencia.

La prodigiosa lámpara
oculta en el mercado
del laberinto que guarda los secretos
de la vieja ciudad
ahuyenta a los hijos de la noche

o lacera la carne
con su látigo limpio de pecado.
El sobre que contiene
la carta de adiós o la declaración de guerra
puede cortar la lengua
o desata en el cuerpo de la tina
las arterias que el mármol
envidia a los mortales.

Herramientas del hombre,
tijeras de un Dios niño
que se aburre de ser sin sus criaturas.

## VIII

Nuestra infancia. Ese país lejano
donde vuelvo a buscarte.
¿Recuerdas aquel episodio
del Deslizador de Plata
donde enciende una llama votiva
en homenaje al sacrificio de un hombre
que murió en beneficio de la especie?
Tú nada más moriste y nuestros nombres
aparecieron juntos
en una edición de *Últimas Noticias*.

Leo *Los últimos pasos del poeta Raúl Gómez Jattin.*
Cóleras, miserias, humillaciones infligidas
por el ilustre muerto se perdonan
—incluso se celebran— porque fue poeta.
De ti no puedo hablar sino en voz baja
porque no hiciste ruido para irte,
como si no quisieras más decir *presente*
cuando pasaban lista
y soñabas con ser hombre invisible.

## IX

Limpiamente. Como quien al usar las palabras
*Desfiladero, Navaja, Geometría*
las recorta del cuerpo del lenguaje
y las convierte en arma.
Sin mirar hacia atrás.

Desde todos los puntos cardinales
llegaremos al punto de la cita.
En la mesa invocaremos
de nueva cuenta al fuego
y tras el breve asombro
regresará el vacío.
Y mañana otra vez. Apasionadamente.

## X

El cielo amenazaba caer sobre nosotros
mientras afuera el sol, la flor, la vida,
consumaban sus triunfos.

No quisimos saberlo ni aceptarlo:
ibas de cacería sin avisarnos.

No como los hombres
que unidos en torno de su miedo
se daban valor
en el duelo final con el mamut.
No como las comuniones en el cine:
salíamos enteros, luminosos,
después de *Moby-Dick*,
templados los arpones
en el fuego de san Telmo de los héroes.

"Me gusta el desierto porque es limpio",
dijo Lawrence de Arabia
y tú lo repetías.
También la sucia muerte se bautiza
cuando para enfrentarla
una camisa blanca nos defiende.

## XI

La sintaxis perfecta, la manera
en que papá sabía
domesticar palabras,
concertar sus metales, su aliento, sus maderas
para dar nueva vida al héroe y al canalla
o escribir las cartas de los Reyes Magos
con la tinta y la pluma siempre iguales;
tu caligrafía pareja,
pequeños edificios
que levantaban reinos invencibles,
rótulos de las cintas que grababas
para darnos la piel de tus pasiones;
el futbol, la armonía, la salvaje
belleza, ¿dónde estaban entonces?
¿En qué momento se interrumpió la alianza,
retiraron andamios, redes, pasaporte?

Escribir con pluma fuente
para dejar que seque
el sudor de la tinta
y la hoja sostenga diez segundos
el fulgor de otra forma de la sangre.

*Esa señora que parece ama de casa*
*se llama Alicia de Larrocha*
*y toca a Wolfgang Amadeus como los dioses.*
*Con esta sinfonía de Mahler*
*vas a entender mejor*
*la salida del sol en las mañanas.*

## XII

Lo consigna André Maurois
en su vida de Lord Byron,
cuando el poeta, el hombre y el soldado
agonizaban juntos en Missolonghi,
antes del 19 de abril de 1823:
"Más vale morir con una bala en el cuerpo
que de remedios aplicados a él".

Todo cuanto leo me lleva a tu desastre,
a la extraña limpieza de tu muerte,
a todo lo que debemos aprender
y cederte el honor de retirarte.

## XIII

La camisa de un hombre ensangrentada
recogida en la morgue
y luego colgada en el museo
es la misma escandalosa prenda
del hombre que en el cuadro de Goya
está a punto de recibir la muerte.

A las siete de la noche del día ocho
te cruzaste con tu vecina Myriam.
Camino a tu patíbulo,
tocaste a su hija en la cabeza.
Lavaste tus camisas, como si así pudieras
despercudir la mugre de la vida.
Dos camisas planchadas te esperaban.
No pudimos vestirte con ninguna.

## XIV

*Para Guillermo Zapata*
*y Felipe de Jesús Hernández*

Ayer domingo levantamos tu casa.
Pusimos en cajas cuanto sigues siendo,
aunque ya no estés.
Empacamos, atamos, rotulamos
todo lo que formaba parte de la vida,
con la que ya nada querías,
con la que ya no podías.

Javier miró por la ventana y descubrió
la cola de una ardilla. Yo miraba el prodigio
del cacto que alzaba su soberbia
entre los roquedales, en ese mar de lava
que tardó tantos siglos en enfriarse.

Por qué, de la belleza, separarse.

Que el agua limpie la garganta
y al cumplir su tarea
resucite el milagro.
Que podamos vivir para tenerla.
No hay otra transparencia.
No hay oro que la compre.

Pero tú no sabías. Pero ya no sabías.

## XV

Papeles rescatados de tu cesto
reconstruyen el mapa
de tus últimos días. El 2 de mayo
—día de los fusilamientos en Madrid—
tomaste un café capuchino
en la plaza de Tlalpan.
Pagaste con un billete de cincuenta.
Eras un hombre vivo. El mundo continuaba
—niños, perros, flores— y era el jardín
un escenario negro, un sudario sin nadie.
A una cuadra, el Hospital Floresta
levantaba su muro intraducible.
El billete de cincuenta se gastaba,
igual que tu vida.

A la mitad del día,
en este jardín de Tlalpan
que era tu andén, tu estribo, tu salida,
parten la plaza las mujeres
con la misma aparente indiferencia
con que se alzan las orejas del perro
para ahuyentar la abeja
que interrumpe su sueño.
De vuelta del mercado,
en bolsas de plástico
llevan alas de pollo y en la mano
un racimo de apio que celebra
la ceremonia diaria de la vida.

Cruzan la calle, anónimas, seguras
de ser hadas madrinas
y bendecir las horas.

## XVI

*Para Jacques Issorel*

### 1

Esa mañana de enero de 1938
la taza de Madame Quintana tembló en el plato.
Los cielos de Colliure, limpios de aviones.
Las bombas no eran el desayuno para el día.
El mar ceñía por la cintura
a la ciudad antigua y siempre moza.
Le exigía la castidad de los templarios
y su fresco sudor de joven puta.
La estación de los trenes era, como los velorios,
fiesta necesaria.
El muerto no acababa de morirse.
Más allá de los ojos,
la muerte era plural, llena de nombres
y al mismo tiempo anónima.
(No me nombres a mí, no me silencies).
Una familia más.
Alguien le dijo: "Es el Paul Valéry de España".
Madame Quintana sabía de un lugar llamado Sète

pero no que el cementerio marino
es un lugar en la montaña
donde duermen los hombres
silenciados por el beso del agua.
Los nombres eran nombres y no podían
tragarse con la delicia de las ostras.
Era una familia con hambre, miedo y frío,
esos tres enemigos naturales del animal
conjugado en primera persona.
El café con leche en el almacén de los Figueiras
prendió con llamas verdes
los árboles dolientes de la plaza.
Cruzar el río fue una empresa más grande
que tomar la ciudad por asalto.

2

Antonio y Manuel Machado ocupaban dos lechos
en la casa de Madame Quintana.
Dos juegos de sábanas y una sola camisa.
A la hora de la cena, el uno o el otro descendía a la mesa.
Nunca los dos.

3

La línea dura que recorre
el cuello y los puños de la camisa mide la vejez del día.
Nuestra edad de árbol.

## 4

Esa noche Antonio Machado soñó la camisa del hombre
con los brazos en cruz en el cuadro de Francisco de Goya.

## 5

En un patio de Colliure,
bajo la mañana en gris de aquel enero,
dos camisas goteaban agua limpia
en el patio trasero de Madame Quintana.
Al amanecer, un barco regresaba,
lleno el vientre de blanda platería,
acorazado por las ostras.
Una joven secaba el sudor del cuerpo al abrir la ventana.
El mar era azul —como su nombre— muy marino.
Esa noche, la taza de Madame Quintana
no tembló en el plato. Los aviones
surcaron los cielos todo el día.
A la mesa, Antonio y Manuel Machado cenaban en
[silencio.
Estridente, la blancura en su pecho.

## XVII

Tu cuerpo de 48 horas
que ya no quería estar entre los vivos
nos devolvía los versos
en voz de Vincent Price:
*That the play is the tragedy, "Man",*
*And its hero the Conqueror Worm.*

Hoy volvió la lluvia.
Avara y esquiva, sólo sirvió
para encender las ansias
de los 32 grados de calor que padecemos.
Al aspirar tan hondo,
el aire nos dolió más que tu ausencia.

Hoy sacudimos la peluca del niño Wolfgang
y a Gustav Mahler
le sacamos sus lentes del empeño.
Hoy tus discos sonaron nuevamente
con su lengua de plata.

## XVIII

La noche que murió Jacinta
en el cielo brillaba
la constelación del perro.
En torno de su cuerpo colocamos
un río de veladoras

que imitaba el compás de las estrellas.
El dolor, de tal modo, poseía
una cartografía invisible,
un pulso que tomarle. Un rumbo.

El brillo de su pelo
era como en la vida.
Hubo que acudir al crematorio
para saber realmente
que Jacinta ladraba en otra parte.
Ver transformados sus músculos alegres,
su hociquito de caucho, sus ojazos
en cenizas y breves amuletos
de los años de suerte que nos dio.
Los pusimos en caja de madera
y sembramos encima un limonero.

Un vaso de agua y una vela
frente a tu foto niña
dicen que estás en otra parte.
No te hemos enterrado
aunque ayer estuvimos en tu entierro.

## XIX

El álbum fotográfico no miente.

A don Martín Quirarte lo rodean
sus alumnos del Instituto Patria.
Es el Día del Maestro.
Sus ojos lucen tan de agua
como la juventud de los muchachos
que han llevado un pastel
para la celebración del veterano
—el arisco, el hostil, el esperado.

En esta otra página del álbum
nuestra hermana Susana luce absorta
en el patio de la preparatoria.
El día es tan intenso
como su falda y su cabello,
fracción de ese segundo
en que el sol la colmó de claridades.

Y aquí estás tú
conmigo y con Francisco.
Tienes el pelo negro
y yo aún no pierdo el mío.
Nuestra sed es más alta que el verano.
Las cervezas Victoria y un cerro de mojarras
dicen que no cabemos en la cancha.

La alegría quiso sentarse,
de piernas abiertas, en las nuestras.

El álbum fotográfico no miente.
Pero la vida sí.

## XX

Mi amigo Robert Jones es transparente.
En una de sus visitas a mi casa
jamás tocó las sábanas,
ángel encima de las nubes.
"La cama estaba limpia", yo le dije.
"Por eso no la usé", me contestó.
Cuando volvió a San Diego
me envió como regalo
la ballena de vidrio
que soportó el naufragio,
estoica en su caja de cartón.

Era un retrato suyo, la ballena:
translúcida y enorme,
en inminente riesgo de quebrarse.
Por eso su libro de poemas se titula
*Cebolla de cristal:* cada uno de sus gajos
acitrona la vida o la traiciona: usted elige.

Mi amigo Robert Jones es transparente.
También cuando vivía.
Al saber de su muerte
(y de su empleo en la tienda de fotocopias
y de la soledad y el sobrepeso),
abrí su libro al azar y miré la ballena:
su aleta dorsal estaba rota.
De ahí en adelante nada impidió
su invalidez creciente.

El último día
en que mi hermano Ignacio vino a casa,
compré caballos nuevos.
Todos de alzada grande.
Todos de vidrio rústico, soplado.
Que el tequila tuviera continente
y aliviara la herida en siete tragos.

En su memoria enjaezo este caballo.
En su exigente claridad
vierto la transparencia
que invade, lentamente, los sentidos:
vegetal en el olfato;
collar de perlas en los ojos,
la caricia quemante en la garganta,
imprevista frescura en la epidermis.
Sólo cuatro sentidos porque Ignacio
no está más para firmar el quinto:
el choque de los caballos a la mesa
que por horas burlaba a la guadaña.

La ballena de Robert Jones,
los caballos de Ignacio,
grabaron en vidrio su leyenda:
*Que la vida se cuide y que se rompa*
*y alguien quede para contar la historia.*

## XXI

*Para Liliana Mercenario Pomeroy*

Los perros amarillos mueren en la calle
pero nunca aparecen en los diarios.
Crecen, se multiplican, pero no se ven.
Un perro amarillo es todos los perros.
Los perros amarillos no confían.
Desprecian la lengua doble y tienen el antídoto
para vencer a la serpiente.
Mueren jóvenes.
Por eso no conocen la agonía.
Nadie organiza la cacería de un perro amarillo
porque no es de prestigio.

El Partenón, poblado de perros callejeros,
hace a Atenas hermana
de Estambul, Mequínez o Calcuta,
rancho sin nombre del altiplano azteca.
Polvorientos, amigos del verano,
se tienden entre las ruinas como estatuas vivientes.
No parecen moverse

y sólo su corazón nos dice que respiran.
Así como el Coliseo de Roma es invadido
por el ácido acre de los gatos,
el gran dios perro domina
alturas donde los otros dioses duermen.

Un mármol del museo arqueológico
y otro en el Partenón
testimonian el amor por la criatura
que responde a nuestras siniestras costumbres
con una domesticidad digna del nombre.
No son representaciones como las que aparecen
—solemnes y hieráticas—
en jeroglíficos egipcios donde Anubis
ayuda a los muertos en su tránsito,
sino efigies del animal en el momento del salto
o cuando pone el corazón en la mirada.
En Atenas los perros callejeros,
parientes de los perros mexicanos,
hacen de la Acrópolis su casa
y tienen por techo el cielo.

Acaso en otra vida
mi hermano nació perro.
De él conservó su sello de agua,
la lealtad y tersura de sus ojos,
la desdicha mayor de haber nacido.

Cuando niños,
mis hermanos y yo

jamás tuvimos perro.
Éramos nosotros nuestro perro
y amarilla su sombra.

Los abajo ladrantes
venimos de regreso.

## XXII

Nos citábamos afuera del estadio.
"En las astas", caídas de banderas,
como el puro esqueleto de ese día:
instrucciones para armarlo
como si fuera un barco
que no sabe qué hacer con su velamen.

Te descubría de lejos, en postura
del ángel tenebroso de Durero,
puntual, como los grandes melancólicos
que pesan cada instante
en que son, en que están, en que no pueden.

Entonces no tenías otro remedio
que trazar el camino
y transformar tu cuerpo
en sol agavillado.
A veces, en días claros,
los volcanes flotaban
y nosotros con ellos.

Doblábamos el ritmo,
aspirantes al reino.
El cielo nos armaba,
seguro de que no le cumpliríamos.
Lavábamos, humildes, sus cristales.
Nos pelaba los dientes la amargura.
No cortábamos el aire:
éramos el aire. Los pulmones
prestaban su tam-tam a los oídos.
Éramos la vida.

## XXIII

El perfume nocturno
desliza flores amargas hacia el día.
En esta ciudad al borde del imperio,
el mar no bastó para lavar
las huellas de la noche.
El sol es una ofensa
en la piel y en la sed de sus vampiros.

Son el perro amarillo de sí mismos,
palo y golpe sus huesos.
Nuevas flores del mal, poco a poco reviven
en el cuaderno a cuadros
donde los edificios
con letra de niño escriben sus mayúsculas.

Cruzarse en su camino
es saber de fantasmas:
pasan, como el viento, a través de tu cuerpo.

Admirabas a esos viejos guardianes
de un orden rupestre.
No tuviste el valor de ser como ellos.
Sí tuviste el valor de ser con ellos.

## XXIV

> J'ai peur, —et je suis triste, Seigneur, d'être si triste.
>
> Blaise Cendrars,
> *Les Pâques à New York*

En este breve jardín,
bajo el sol que apagó la sonrisa nazarena,
un gran perro amarillo
lame un pedazo de hielo.

*Mi perra sabe más de lo que siento,*
*y se me suma, mansa como el día.*
*Si la acaricio toco toda la tierra.*

Pero hace unas horas,
cuando despuntaba el Viernes Santo,
la vida no cedía ninguno de sus dones.

Con el primer café que debe armarse
con un arte menor que necesita
de la primera llama,
se desanima el Caos. Cede el desastre.
Poco a poco recula. El Gran Culero.

Los lentos lubricantes
están a la espera, diariamente,
aunque al despertar, cada día, los olvidemos.
Hoy estamos muertos.
Pero mañana es día de resurrección
mientras la vida insista.

*Mi perra no está consciente de su simetría.*
*Nosotros, en cambio,*
*somos nuestro detective, nuestro inquisidor.*
*Y a veces el verdugo.*

Hoy me amarro los tenis
y suena en el aire una música de guerra.
No sé qué pasará pero lo cierto
es que afuera el verano se prepara
para una larga batalla.
Voy a correr en tu nombre
y en el nombre del otro, el Innombrable,
el que levantó su vuelo a las tres de la tarde.

Los humores del hombre
que yació en esta piedra
no están más aquí.

Pero su cuerpo suda y se acongoja,
recibe la bendición marina
o en la frente el martillo del sol.
Agua nueva lo baña
y en ella se bautiza el peregrino.
Piedra donde los vivos se reúnen
a salvar su propio cadáver.
Piedra donde los hombres beben
el agua que da vida.

Los cuervos del cielo y de la tierra
se aproximan
al gran imán de piedra
que hizo una ciudad en torno suyo.
Los pájaros escriben en el cielo.
Los hombres escriben en el cielo.

El sol, una moneda roja
a punto de apagarse.
Montañas vistas
por el hombre mayor y sus discípulos
lo tendrán toda la noche en sus entrañas.
*Disfrute Coca-Cola,*
reza el anuncio escrito en una lengua
hablada por canallas y profetas.

Los ingleses se van sin despedirse.
Los israelíes, como nosotros,
se despiden pero no se van.
Los fantasmas no se van ni se despiden.

"Siento que me abraza la muerte",
Susana dijo,
cercada por presencias carnales como lobos.

*(Nuestra Señora de la Fuente Fría,*
*concédele escuchar sólo las voces*
*aliadas a las piedras del pastor).*

Canto una canción ardida de mi patria
mientras subo la cuesta.
Todo es eterno y fútil.
Todo puede seguir o terminar
como este día.

Completo ruta
y llego a mi destino.
Esto se llama *Hoy* y ya es bastante.
Estrecha su cerco la Enemiga.
Desde la fábrica llamada El Ángel
sale un aroma que nos ata a la tierra:
los muertos no huelen más el pan.

## XXV

*Para Juan Ángel Jeannet Arce*

La incansable Señora de la Muerte
tejió toda la noche.
La ciudad despertó en daguerrotipo.

Amaneció el amargo
con motivos de sobra para ser.
El día fue la ofensa del taxista,
regalo para los niños
que salieron en traje de astronauta
a inventar un planeta sin sonido.
La nieve cayó en silencio durante horas,
las últimas del siglo.
*Sea feliz, sonría, vea el futuro.*
El mundo en blanco y negro. Sus horrores.
La tersa nieve que cambiará su cuerpo
por la mugre y la sal y la caída.
Por el East River, un carguero
rojo y elemental como un juguete
abre la niebla con su voz de bajo.
La obligación de estar. Acaso ser.
El milagro de ser. Acaso estar.

## XXVI

Las primeras campanas de noviembre:
que se acabe este día.
Sus arenas se eleven hacia el cielo
y no vuelvan jamás.
Esconde sus muletas,
sus parches de mendigo, otros disfraces;
no dejes a su alcance
conjuros que lo ayuden
a ocupar otra vez el calendario.

Bórralo de tu mapa,
dale instrucciones falsas
y dile a todo mundo que lo pierda.
Que se acabe este día.
Aunque otros más negros se perfilen,
siente que lo engañas
cuando cierras los ojos.
La cicatriz no existe, y ya lo sabes.
No cerrará la herida, aunque la cures.

## XXVII

El precipicio
es la última terraza para el cielo.
Aquí termina el mundo. Aquí comienza.
La pisada puede elegir entre dos vías:
el peligroso vino de la vida
o el láudano rojo de la muerte
que aquí viste de blanco.

## XXVIII

Éramos entonces estudiantes, en el umbral
de todo. La ciudad era nuestra sabana y a paso
largo la recorríamos sin tregua durante horas,
flacos, atormentados, tratando de librarnos de
nuestra inocencia como de un dolor de muelas,
imaginando que nuestra juventud duraría para
siempre, y casi lo lamentábamos.

Michel Butor, "Suite parisina, Noctámbulo"
(Versión de Frédéric-Yves Jeannet)

Ese muchacho lóbrego, espigado,
fantasma de sí mismo,
que se sienta hasta atrás
y en la noche se hunde
a rezar la oración de sus malditos;
ése que nunca
conocerá su cuerpo en los danzones,
será señor del ritmo
que mantiene en su sitio a los planetas;
ése que aprenderá dolor en las mujeres
y hallará el Santo Grial entre sus piernas,
es del linaje nuestro, es carnal,
es un perro amarillo con estrella.

Interminables tardes de domingo
en que los viejos libros se cansaban
primero que nosotros.
Atravesábamos calles

navegadas por putas
para las que no alcanzaba,
a las que no alcanzabas.
Buscábamos los cines de programa triple
que vivían por nosotros.

Era el tiempo del enigma de la invisibilidad.
Del corazón transparente,
de las venas de vidrio,
del aire que taja o vive
del aliento de sus agonizantes.
Transparencia: invisibilidad:
estar como nunca en el espacio.
Estar más solo que nunca en el espacio.

Era el tiempo
de bautizar de nuevo la falange,
el vello, la rodilla.
De encontrar en el otro un puro azogue
donde nunca acabamos de bebernos.
De aspirar el perfume
que es la droga perfecta del adicto.

De los fastuosos armamentos,
de la plana tristeza que seguía
al choque ansioso y torpe de los cuerpos.
Tiempo de las palabras en peligro.
De pronunciarlas todas,
del terror a que no pudieran decir todo.

Era el tiempo de herir
y recibir el mayor número de heridas.

Quien no lo ha vivido, no ha vivido.
Quien no lo vive,
no asistirá al prodigio de la resurrección.

Ese muchacho lóbrego, espigado,
fantasma de sí mismo,
es un perro amarillo con estrella.

## XXIX

Hoy cumplo la edad que tú tenías
la mañana puntual de tu naufragio.

La edad en que Fernando Pessoa
dibujó las colinas de Lisboa
en un tren amarillo,
la última corrida de la noche;
aquella en la que Howard Phillips Lovecraft
abrazó con más fuerza
el yeso de la sábana y acudió a su cita
la única realidad clara del mundo.
La edad en que Alfred de Musset
comenzó a ser más niño que su siglo.

El espejo a la altura de los ojos
acelera las notas del desastre:

me dice que las horas de tu vuelo
no otorgan el cielo a sus mortales.

Hoy cumplo la edad que tú tenías.
Corrí bajo el puente
donde papá voló por vez primera
y retembló su polvo enamorado.
Tardaron más tiempo los tendones
en volver a su sitio.
Las muelas, los papeles, los acosos
ulceran estandartes
que ayer incendiaban nuestro cielo.
Hoy cumplo la edad que tú tenías
y la sumo a la mía.
El espejo no miente.
Pero el amor abre puertas invisibles
y de plata es la luz en la que nada
un pez vela con nombre de bautismo.

## XXX

Hoy derrotamos a la muerte.
Y también a sus tropas auxiliares.

Para tu hijo hallamos
un arco donde el mundo
concentra sus afanes:
maderas sinuosas de Brasil,
herrajes de Alemania,

concha jaspeada del continente negro,
las crines de la yegua
que llevó la pasión de santa Juana.
Antes de pasarlo
por el cuerpo elefante de su contrabajo,
nos descifró el secreto
de tus cuatro cofrades:
nos devolvió, como si fuera nuevo,
el trébol de Liverpool.

El corazón de mamá
amaneció más pobre,
pero el aire que lava su sonrisa
apuntala la tarde con palomas.

Nuestra hermana menor
llevaba una bolsa de manzanas
para los que, con ella, antes que ella,
llegaron al refugio con el ángel leproso.
Aureolada en su risa de otro tiempo,
devolvió las muletas
llevadas por su alma
los días de su temporada en el infierno.

Hoy derrotamos a la muerte.
Y también a sus tropas auxiliares.

# Casida del nombre sin aire

Así como el pasto en tierra seca
nacimos extraños pero juntos.

Assia Mohssine

Cuando digo tu nombre, pierdo el aire.
En mi breve naufragio
resplandece el desierto de tu infancia,
puñales que los beduinos
oponen al viento negro
que subvierte los cielos, mar aciago.
Esófago, esternón, costilla izquierda
donde tu madre invoca
una antigua canción para nombrarte.
Antes de ser con Dios,
tu padre hunde las manos en el agua
y el sol le otorga el oro
del compás que trazó tu simetría.
Cuando digo tu nombre, pierdo el aire.
Una vez que regresa,
la boca me sabe a fresas de tu sangre.
En mis labios se troza un pájaro de vidrio.

# Casida de la negligente primavera

Mañana llegará la primavera.
Quiere entrar con tacones musicales,
agudos en su ritmo,
después del gesto grave del invierno.
Muchacha negligente
que todo lo deja al último minuto,
pregunta en las esquinas por tus señas.
Que por favor le brinden
la llave de tu casa,
las tijeras, la regla, la madrina
que diseña tu ajuar de entre semana
y te plancha los trajes para fiesta.
Para decir "presente", necesita
repintarse la boca con el lápiz
que hallaste en un bazar
atendido por santos clandestinos.
Deschavetada y loca, adolescente
que no sabe qué hacer con sus torpezas,
requiere de tu auxilio para salir al ruedo.
Se adensa de perfumes.
Huele a tu lenta axila y a tu vientre.

# Casida donde habla el desierto

Me descubro en la luna de tu ojo
y me aterra el olor de mi belleza.
Cada vez que respiras
me otorgas un nombre diferente
y no sé qué hacer para ocultarme.
Yo, el poderoso, yo, el temible,
me avasallo en tu almendra. Resucito.
Eres como mi piel, gacela, duna,
tan color de la noche más sin sueño.

Anoche dormiste con mi cuerpo.
Soñé toda la noche con el tuyo.
Al despertar,
se hundió tu pie derecho en mis arenas.
Luego el del corazón sostuvo tu belleza,
desplegada en el día
como una palmera adolescente
a la que el viento aprieta la cintura.
Era temprano y pude
lograr que mi frescura te bañara
antes de que el sol enloqueciera
humillado en presencia
de la hija elegida entre los hombres.

A través de los párpados,
el iracundo sol que me dejaste
dibuja tu boca con sus rojos,
la piel de tu vientre con sus ocres,
el aura de tu cabello con su eclipse,
ese instante en que el sol
ofrece su corona.

He huido de tus ojos
pero no de su imán insoportable.
He logrado que tu breve figura
se separe de mí. Que los caminos
trazados en mi arena te devoren.
He llegado sin ti, conmigo en todo el cuerpo,
a la antigua ciudad donde tus dientes
fulguran más que el día.
Donde tus arracadas brillaron más sonoras
que el pregón vespertino.

La huella del perfume
que dejaste en mi cuerpo
es la mano de Dios cuando me hizo.
Todos los días es Otro y es Él mismo.
Todos los días es Otro y es el mismo.

Tu perfil es la orilla de un planeta
que se muere de frío.

# Casida de la noche lusitana

No fue sólo el ambiguo cristal de la ginebra; tampoco el Tajo en gris, desplegando sus poleas, sus gavias y sus muelles, emblemas de la ciudad trabajadora que ofrece media moneda de su sueldo para que las calles pinten de verde sus ventanas y el barrio celebre diariamente los quince años de su muchacha pobre.

Tampoco tu clandestina monarquía —reina africana— en el balcón del hotel donde eran tus banderas los colores mojados de la ropa de enfrente.

Saliste a la ciudad y revivieron muros deslavados; se enderezaron calles; los rieles se pavonaron a tu paso.

El vientre del oporto acariciaba el filo de tu cama, hoja donde el sueño derramaba la tinta de tu pelo y acentuaba el escorzo de tu cuerpo.

Tu vientre me soñaba niño viejo y mi primera palabra se forjaba en la punta terrible de tu lengua.

Un tercer corazón nacía en tu aliento, ungía con saliva tus pezones, acampaba en la espuma algebraica de tu pubis.

Condenada por el tiempo, la eternidad montó en tu grupa y te hizo todas las hembras de la Historia.

Tu espalda, un delfín interminable, y los dos soles duros de tus nalgas.

Los labios de tu primera boca me decían: "No toques esta puerta. Atrévete a soportar para siempre la carencia o vuélvete adicto al paraíso. Ábreme".

Entré en la virgen negra de tu bosque, en la canela en llamas de otros labios: laberinto, caracol, rosa de cobre.

A la mañana siguiente, el alma lastimaba más que el cuerpo. Tu beso mojado me nombró caballero. Desde entonces me duelen los sentidos.

# Casida de la imposible mirada

No volverte a mirar ni acariciarte
con el primer sentido. Amanecer
sin el preludio tenso de esperarte
con tu falda de estreno
o el arsenal mayor de tus encajes.
Esconderme tus cartas,
no besarte en tus letras
y callarle la boca a tu verano.
Evitar los lugares que consagró tu aroma
y saber que el destierro
no conoce en mi cuerpo domicilio.
Bravatas del ardido, no creídas
ni por este escudero de cantina
que solamente quiere
regresar a su casa, feliz por ya no estar
en este lado oscuro de la barra
donde el gran toro amor no tiene sueño.

# Casidas del que solo arde

Cuando los años blinden el olvido,
dejarás de dolerme: será en vano
que el corazón recobre el instrumento
que en tu nombre tocó marchas triunfales.
A la madera noble,
temblorosa en el aire de tu reino,
mi mano la tocará, como a la puerta
tras la cual brillarán nuevas sonrisas.
Y te lo digo ahora cuando duele
comenzar a sentir que dueles menos.
A deshoras irrumpen las pasiones
y cuando dices "quiero", ya han cerrado.
La vida se adelanta o se retrasa
en este tiempo oscuro de relojes.
Sólo el tren y la muerte son puntuales.

*

Ya no te voy a hablar
ni tampoco a buscarte. Me lo dice
la imagen que me devuelven los espejos:
las piernas para el asalto,
el sarape en la mano y el cuchillo,
como El Valiente de la lotería.

En tus tiempos los días se correteaban
como enjambre de niños por el patio.

El presente era un gran vaso de oro,
grial que nos enseñaba los conjuros
para abrir la compuerta de los viernes.
Eras la sed que no se consumía
y todo reclamabas:
que nevara en silencio y que los trenes
detuvieran su asombro en los umbrales.

Debí haberte cantado cuando el ángel
era corona en llamas y ese tiempo
el lugar del concierto y de la alianza.
Escúchame cantar desafinado.
Escúchame cantar a las mujeres
cuando te canto sorda, inalcanzable.
He querido partir sin que lo sepas:
todas las calles pasan por la tuya:
no hay aceite que alivie mis aceros,
me traicionan sus brillos y sus goznes
y me voy con estrépito de feria.

Me está llevando el tren y ya no vuelvo.
No lo vas a decir, pero si dices
"quédate", será como morirme
tiznado en el fulgor de los fusiles.
Hay que aprender a ser sin tu belleza,
como antes,
cuando este corazón no se movía
bajo el imperio de tus claridades.

*

Traigo todo este amor atravesado
y no bastan distintas transparencias
para lavar tu cuerpo de mi cuerpo,
para que el mal se vaya y sólo quede
el fulgor invencible de haber sido.

Miel de los alquimistas agaveros,
cristal donde se mina un fuego blanco,
comunión en la pila de la iglesia
donde alzo tu nombre, bien nacida,
antes de que te unja
el demonio con trajes de una feria
donde perdí las almas que no fuiste.

Este aferrado amor —su máscara y su cetro—
es ausencia de ser
y es ser con mayor fuego en el naufragio.

Amor, no sé si te mereces
las cuatro letras vivas de ese nombre
y menos su mayúscula.
No sé si llamarlo así, llamarte,
porque el amor
es un trago derecho, limpio y hondo
que trasluce la piel de sus perdidos.

Este estoque invisible que me cruza
no es la muerte aún.
Pero se le parece como nada.

# Ser para la vida

¿Cómo se guarda al ser de lo que viene?
¿Qué amuleto invocar para que el rayo,
sumergido el marfil en carne adicta,
no acolmille en el alma?
¿Cuándo soltar el ancla, la ropa, los amarres
y atarse bien al mástil,
cierto de que la cárcel elegida
será espacio del canto, hilo donde los pájaros
son granadas de pluma,
notas no extintas después de la batalla?

Inocente barbarie de tus muslos,
hendidura, humedad, tacto sin máscara,
besos que cortan como navajas nuevas,
trenzadas en andén adolescente.

¿Cómo se guarda este minuto
en que los dos son uno,
invencible animal de piel sedeña,
vida desbarrancada
que sabe que la muerte
son seis letras sin nombre,
alfabeto sin cliente, laberinto
donde perderse es ser para la vida?

# Ciudad de seda

Y qué si las dejamos sueltas,
caballas memoriosas
que sin aviso previo deletrean
una línea de sangre
en la espalda mojada de este día.
Pequeñas hembras firmes, tan espadas,
tan dueñas de su carne
y esclavas de su horario.

Y qué si permitimos
que cadenas de nubes las amarren,
y tersuras, esmaltes y salivas
con esos sus otros líquidos hermanos
practiquen el combate
del proscrito terrón.

Bocas más fieles que el instante:
al consagrar el mundo
lo devuelven al tiempo de la llama.

*

Nunca he sabido de tu piel,
hermanastra incestuosa de mi tacto.
Me acompaña en la sed del mediodía
o ilumina las noches incoloras.
A veces la olvido, feliz o ingratamente.

Deja de torturarme
la obstinada penumbra entre tus pechos,
la insurrección sonora de la tela
que no sabe qué hacer con tu tersura.

Sin que nada ni nadie te convoque,
regresas a mis manos
como un durazno nuevo
ni siquiera tocado
por Dios cuando te hizo.

*

Ahora que ya eres tan mi hermana
y la sangre nos circula
por rutas paralelas,
puedo decir palabras
que acaricien el borde del abismo.
Tomarte por la cintura
cuando a punto más estés de la caída.

No hay oración que pueda
devolvernos la paz cuando la guerra
invade con sus hormigas la epidermis.

Existe, con todo, una plegaria
que domestica al viento.
Sin restarle poderes lo animala,
lo obliga a acariciarnos o mordernos
sin cerrar su tenaza.

Ayúdame a buscarla
con esos verbos tuyos
donde el ángel y el diablo
en un mismo jardín cruzan espadas.

*

La luz está de fiesta.
Pone acento en el nervio de las hojas,
almidona la falda de los cerros,
el filo de las nubes.

Y tú, la donadora,
impaciente enemiga del invierno,
recibirás, sonriente, sus regalos.

Tiempo de tus sandalias invisibles,
de las ligeras blusas que te aniñan
y hacen a tu ombligo adolescente.
El aire, dice el radio,
mantendrá su existencia en 27 grados;
las sedientas pupilas, que nuestras jacarandas
defenderán su imperio todo el año.

# Francisco Sarabia piensa en Antonia Di Filippo antes de que el Conquistador del Cielo caiga en las aguas del río Potomac

Washington, D. C.— 4 de mayo de 1928. De la corresponsalía.— Consternación en todos los círculos ha provocado el accidente aéreo donde perdió la vida Francisco Sarabia. El joven piloto mexicano había despertado simpatías por su valor, su inteligencia y su sencillez. Entre los asistentes a los trabajos para rescatar su avión, el Conquistador del Cielo, de las aguas del río Potomac, llamó la atención el llanto de una joven que respondía al nombre de Antonia Di Filippo, quien sujetaba el autógrafo que Sarabia firmó para ella antes de emprender el que iba a ser su último vuelo.

*El Siglo de Torreón*, 6 de mayo de 1928

## I

Partitura en el agua,
aire para la escritura de los pájaros,
un concilio de truenos

reverbera en el cruce de caminos.
Esta hoja en blanco,
a la espera del golpe de la tinta,
anhela una incisión,
el signo que rescate
tu mirada de manos del olvido.
(La voz de la matraca
tiene la vida eterna en ese nombre).
Celebremos el desfile triunfal,
el paso bajo el arco,
penetración del héroe
bajo las piernas de la ciudad,
pero hablemos también del ignorado inicio:
dejemos lugar en los anales
para ese ser, inicialmente oscuro,
que sueña lo que fragua,
que fragua lo que sueña.
Este metal se hunde
con más profundidad que tu mirada,
pero quiere ser ella.
Este punto metálico penetra
el papel y su origen.
Este metal te toca y te trastoca:
hará de tus sábanas banderas
pero nunca de paz.
Porque si no llegas nunca, ya has llegado:
la victoria comienza
en la declaración de guerra.

## II

Rasga esta hoja la piel de mis falanges.
La troza tu mirada, gris como la lluvia
que una niña atesora en el frasco de perfume
de su pueblo fantasma.
La poesía es apostar las cartas a lo incierto,
elevar un avión, vencer al aire
y observar a la muerte cara a cara
y comprender la vida gota a gota
en el rotundo azul de las alturas.

## III

Toco la puerta de la primavera,
como si mi mano
fuera prolongación de su textura
y la hiciera de nuevo.
Me quedo en ese umbral para decirle
que salga a recibirte,
para que aprenda a ser en tus pupilas.

## IV

Si volviera, te traería un álbum de imágenes
que no hubiera nacido
si no fueras en mí este libro de horas
encrespadas y fuertes por tu aura.

"Qué milagro", dirías
sin saber de cierto
la inmensa verdad de esas palabras.
Te llevaría la niebla tendida en la testuz
de los venados de Leesburg
que velaron tu infancia;
amarraría en tu cuello la cola de una ardilla
que escalaba un árbol
plantado por unos niños en memoria
de su padre, vecino del cielo para siempre;
te traería la pobreza de Alabama,
la sonrisa cortés de los vencidos,
la carcajada negra de una muchacha
que me servía cerveza mientras gozaba
el sonido espinoso y áspero de la palabra *México.*
Y te traería mi voz transfigurada,
tu presencia cada vez más necesaria,
pero eso no vendría en la maleta.
Encuéntralo en mis ojos.

## V

Qué bueno haber mirado
ese mechón que cae sobre tus ojos
mientras afuera
estalla el corazón de las jacarandas.
Qué bueno hubiera sido
volver a mirarte, decírtelo
con un lenguaje

igualmente nacido de mi boca.
Qué bueno
saberme por ti más vivo
mientras el avión
se desploma, angélico y vencido,
y es tu rostro
la última imagen que me llevo.

# Belleza del astrónomo

*Para Julieta Fierro*

El Sol que nos alumbra
no es un sol presente:
ocho minutos tarda
en llegar a la Tierra.
Cuando dejas la casa
la hermosura prospera:
tu perfume en la cama
lentamente madura
como un sol generoso
que en presente redime
la pequeña hecatombe
de la alcoba desierta,
la memoria viviente
de dos planetas solos
que entre veinte millones
se encontraron.

# Habla tu espejo

Me fragmento
porque no te soporto tan entera.
Para no ser ya más
el primero en saber de tus mañanas.
Ni el eco de tu aliento. Ni tu nota.
Por mis venas sonrió el agua de tu día.
La boca de otra sangre,
acerada en el riel de tu sonrisa.
En este fugaz azogue se copiaron
pocos, pero profundos, nacimientos.
Me los llevo en mi cauda.
Los arrastro en mi quiebre luminoso.
Ardo helado, celoso, intolerante.
Cada trozo refleja tu mirada
y la luz de otro cielo que no es mío.

# Una lengua llamada tu cintura

Pasa la Primavera, bien armada
de amazonas de varia procedencia.
La primera, fundida en su mezclilla,
monta a pelo la yegua mediodía.
Luego viene el desfile sorprendente
de ninfetas ruidosas,
matraca de sol domingo,
agua en cuya sonora pedrería
caben las letras de otro cielo.
Desfile en la mirada, festín de los oídos,
laberinto de aromas que nos clavan
sus espinas de seda en la garganta.

Del esternón me brota
esa hermosura hembra
que en cada una de las células me dejas.

Pasa la Primavera, bien armada
por una legión fastuosa de mujeres.
Sin ser ninguna de ellas,
soy, por tu sangre, cada una.

*

El mismo sol que me quema te acaricia,
describe tus andares, dice palabras tuyas,
ocupadas en el tren de cada día,
pero que en mí revientan
como paloma de papel periódico
porque trae, fulgurantes, tus noticias.

Y me trago tu nombre en la saliva
que conjuga tus letras.
Y nadie sabe
que con ojos de adentro
reconozco ese gesto de tu boca
cuando piensas que algo has olvidado,
o cómo inclinas la mano
para trazar las letras de tu nombre
y conquistar, por un instante, el mundo,
o ese modo impecable en que en tu cuello
un cisne se interroga
y al dar lecciones gratis de armonía
inaugura lo eterno
en medio de las lechugas y las quejas.

*

El mundo está sin ti
y es tragedia exclusiva de mi teatro.
Se hace la luz al toque de mi dedo,

corre el agua en los tubos perezosos.
Todo lo que enfestinas, sin quererlo,
a tu paso es incluso mejor.

Tus ojeras, tu aliento, tu saliva,
en este instante son
y se vuelven tesoro más profundo,
así como tu voz
ha afinado en la ausencia sus marfiles.

No estás y dueles y eres
tan mi animal ajeno, tan mi entraña.
Y no puedo ignorar que tú me existes
y todo lo que respiro es media vida.

Me atrevo todavía a reclamar el grado
de primer capitán de tus misterios.

*

Cuando vuelva a tocarte
no será como entonces.
No tejeré guirnaldas de alabanza
a la lengua llamada tu cintura.
Ni a tu dureza en todo.
Ni a la impúber tirana que ponías
en cada una de tus bárbaras demandas.
No sonará el teléfono
que nos salve de ti o te lleve muy lejos
del mí que en ti nacía.

Ya no el galope sin brida
que en nuestros ojos puso venda de prodigios
y nos hizo mirar lo no mirado.
Teatro de verdades nacidas del instante,
aún estás ahí y eres tan cierto,
tan carnaval de carne,
tan don Juan limosnero y victorioso.

# Armados

Para los que quieren mover el mundo
con su corazón solitario,
los que por las calles se fatigan
caminando, claros de pensamientos;
para los que pisan sus fracasos y siguen;
para los que sufren a conciencia
porque no serán consolados,
los que no tendrán, los que pueden escucharme;
para los que están armados, escribo.

Rubén Bonifaz Nuño

Vengo armado.
El abandono, la zanja y la distancia
han sido amuleto de mis pasos.

Nunca he naufragado:
soy naufragio.

El dolor me ha templado
con un arco invisible:
sus flechas son de vidrio.

Todo lo tengo porque nada es mío.
Vengo armado.

# Schreck

Me llamo Max Schreck.
*Horror* en mi lengua natal,
igual a la palabra que designa
esa remota, primera emoción
del hombre ante la noche.

Soy la noche.
La provoca mi aliento
y el humo antecede mi presencia.
Lo inoculo en pupilas durmientes,
alebresto ansias caballas
que desbarrancan sueños.

Conozco el nombre mas no el cuerpo del horror.
Me escondo de mí mismo y el consuelo
es no poder mirarme en el espejo.
Pero sí en los ojos del otro
donde encuentro una atroz revelación:
el horror es fascinante
y provoca un placer insospechado.

# Desnuda

Mis ojos penetraban la piel del enemigo.
Su cota era papel para mi lengua.
Los venablos entraban en mi centro
sólo cuando mi sed lo disponía.
Mi alma era de carne.
Devastar las ciudades, mi destino.
Nacida en antílopes nonatas,
mi tersura era luz en el desvelo.
Caminar era un verbo
aprendido en las yeguas más livianas.
Nada derrotaba a este perfume,
su modo de fijar, mi mansedumbre
al lado del guerrero después de la batalla.

Pero nunca cuidé la retirada.
El ansia es otra virgen:
yo soy el combustible de mi incendio.

# Durmiente

El que no va más allá de las palabras
no sabrá del silencio, esa zona
más amplia y noble que la muerte.

Cuando se es tan solo,
nada nos necesita.
Todo lo necesita el ansia adolescente
que recibir no sabe lo que puede.

Para que uno más uno
aspire a la fusión más que a la suma
hay que aprender a andar de otra manera.

No decir las palabras. Merecerlas.
No hay tierra más honda que la tierra
y en lo que nombra a la palabra tierra todo cabe.
Echarse sobre ella, estricto animal,
elemento de ser en el planeta.

Puede abandonarnos el poema.
Nunca la poesía.

No soy el abandonado.
Yo soy el que abandona.
Y no acaba de gustarme.

# Hermanos

Nada rompa esta alianza.
No se trice el espejo ni lo empañe
el fatigado aliento de los días.
Que siendo dos
parezcamos ejército, falange
ni siquiera vencida por nosotros.
Más allá de la sangre paralela,
que la palabra hermano
enfrente al enemigo y no convierta
en puñal este abrazo.

# Onetti

He ocupado los días
con la voluntad del último.
Por eso cada uno es el primero.
La soledad y su hermana más grave,
la amargura,
conmigo hallaron casa.

Escribí sobre aquellos
seres más desnudos que su sombra.
En ellos fui infeliz.
En ellos me he salvado
para hablar contigo.

# Oración

Dijo que la oración, como la piedra,
debe de ser desnuda y poderosa
y quedarse en el viento:
tener, por un instante y para siempre,
aquello que bautiza.
La tierra se llama tierra.
No existe otro sonido
que le otorgue sustancia más eterna.

La tarde acariciaba nuestra frente.
El hambre era un fulgor a punto de apagarse.
La hermandad, cadena iluminada.

Entonces nos enseñó a rezar el Padre Nuestro.

# El suelo

El suelo es mi dominio.
Quien como yo lo toca
conoce los movimientos de las nubes,
su lenguaje cambiante y siempre joven.

Si una moneda tuya
se suma a la constelación
del pedazo de calle que he hecho mío,
sea bienvenida.

Más cerca del suelo que del aire,
nadie tiene pulmón más poderoso.
Soy el hermano rico de las nubes.

# Aquiles

Aquiles fue mi nombre.
Qué responsabilidad la de mis padres
bautizarme con signos
del héroe por encima de los héroes.

No busqué ser como él.
Vino a mi encuentro
un vendaval armado de violetas
que se estrelló en mi rostro
y me inició en la furia.

Lancé la primera piedra
ante el motín creciente del pecado
callado por todos, temerosos
de perturbar el sueño de la bestia.

Fui el primero en caer.
Sin conocer mi nombre otros vencieron.

# Viejo

No hay dominio más vasto que este parque
donde la vida exhibe sus criaturas:
soberana, invencible primavera.

Yo estuve en ese reino y no lo supe.
Era solamente.
Criatura montaraz,
fui flexible y veloz, no me cansaba
la marea inacabable de los días.

Ahora me persiguen
más voraces que nunca
pero volver no quiero.
Yo tuve y fui. Agradecido observo
el esplendor del mundo,
invisible corona que me ciñe.

# Más desnuda

Más desnuda, imposible.
Rotunda y tirante,
manzana incapaz de contenerse.

Abierta como el mar cuando se quiebra,
en mí comienzo
y en tersuras y brillos me termino.

Despojada de todo
menos de mi cuerpo,
inacabable carne triunfadora.
Blanca bruja del ansia,
vestida solamente
con piel de animal caliente y siempre joven.

Mi deseo más oculto:
muérdeme el corazón
muy largo y para siempre.
Deja libre a ese perro del mal.
Ese viejo traidor que no envejece.

# País llamado Infancia

Tiempo donde la memoria nos alcanza.
De la piel tersa y dura,
del aliento de vidrio
y el animal intacto.
País llamado Infancia.
Compás que dura poco pero marca
con hierro indeleble a su creatura.

# La miel de los felices

Espinas, vidrios rotos, enfermedades, llanto
asedian día y noche la miel de los felices
y no sirve la torre, ni el viaje, ni los muros:
la desdicha atraviesa la paz de los dormidos

Pablo Neruda

*Para Ana Karen y Juan Hermann, uno solo*

Te descubro conectada a la vida
por cables no concebidos
por Dios cuando te hizo.
Entonces soy blasfemo,
rechifla arrabalera
en su carpa desierta:
tanta belleza y alegría
no merecen
tamaña humillación.

Pero toco tu hombro
en esa caricia recupero
los sables de otros días,
tu sonrisa
afilada en los aires
de las nuevas ciudades
con nubes de mármol

domadas por el agua;
tu aroma de leona o de venada
dispuesta a destrozarme
o presta a concederme
la gloria del cazador insatisfecho.

Eres la de siempre,
en todos los tiempos conjugada.

*

Cuando más elementales somos;
cuando el instinto
se inserta en médulas y nervios y cartílagos,
cuando este sorbo
es el último trago del planeta;
cuando animales somos,
y nuestra bestia salta
para comerse al ángel
con satines y plumas y dorados,
entonces sale el hombre,
la especie invencible que en nosotros late.

*

Apuesta lo que no tienes
a las jacarandas.
A su floración puntual dedica tu mirada.
Ocupan el pentagrama del aire
y en su actuación anual

justifican la espera.
Eficacia de la belleza,
fe en su reincidencia salvadora.
Te salvarás, al menos por instantes,
del naufragio mayor.

*

*Para Lourdes Mora*

Llenar la pluma fuente
es una forma de renovar la sangre.
Dar de beber al animal:
nuestra vara mosaica en baquelita
abre los propios mares
y ayuda a recorrer las horas.
Puede que el resultado sea
un ciego caminar por el desierto
o el descenso a un abismo
más negro que la tinta.
Llenar siempre la pluma es lo importante
y en ese ritual sentir que comenzamos.

*

Este dolor es nuevo.
Despliega un mantel de flores negras,
inventa un jardín alterno en el traspatio.
Aguja inédita y perfecta,
no estaba en el programa.

Guárdala para ti.
Es una flor al fin, y ahora es tuya.

*

La violenta alegría, la juventud
en ráfagas,
el brillo de los metales y las aguas,
la plenitud de ser y estar en el planeta,
pródigamente han sido nuestros.
El mundo ha sido entero,
pájaro de sí mismo y sin barreras.
Ahora que lo sentimos en cadenas
todo fulge y luce y diamantina.
Hemos estado también del otro lado.

*

Todo lo pronunciado
en primera persona se articula.
*Cien lugares comunes, amor cándido,*
*amoroso y porfiado amor primero.*
Todo recibe nuevas aguas,
y es inédito y nuevo e intocado.

*

Hay muchas cosas del mundo
donde tú no estás.
Pero si no estuvieras,
esas cosas del mundo no serían.

*

Saber el cuerpo partido
parte el alma.
Si el dolor en la carne fuera mío
no quisiera que tú participaras.
Ilumínate, alma,
brilla, cuerpo,
desde lo más profundo
aprende a levantarte.

*

Este café te abrasa,
pone todas las notas en su sitio,
corrige tus renglones,
te hace entonar canciones sólo tuyas.
Te dice que la vida está
a la vuelta de la sombra.
Si hacia ella vamos,
bienvenido ese rito
tantas veces vivido y olvidado.
Este café te abraza el alma.

*

Descienden de la montaña
o vienen de los últimos
antros de la urbe;
parten de muelles
donde todo es nuevo
o del camión desvencijado,
igual a la ciudad que lo tolera.

Llegan por diferentes vías
y a todos los iguala
la guardia que hacen
y su espera:
andamios que apuntalan
la nueva jornada,
más larga y más breve que las otras,
más dolorosa y perdurable.

Quisieran saltar la noche
para llegar al alba, al nuevo día,
para que el prisionero
respire doblemente el mismo aire.

*

El mundo se compone
de unos cuantos renglones.
Con notas en la pauta,
con palabras ardientes en la hoja,

con la letra del médico que apunta
palabras consagradas.
Todos retrasan a la muerte.
Todos sostienen a la vida.

*

Un ejército bien organizado
libra diaria batalla.
Los de afuera levantamos fogatas y trincheras.
De otra manera soportamos.
Batas y blancuras nos separan
y también nos hermanan.
Aquí todos somos los de abajo.

*

Aquel septiembre rojo
nuestro castillo se transformó en infierno.
Los invasores alardearon
de tener todo el tiempo una bomba en el aire.

Ahora casi no se siente su silbido.
Súbitamente, cesa todo.

Aprender a vivir de otra manera,
luego de haber sobrevivido,
segundo por segundo.

*

En el calendario de una tribu
la primavera es signo de catástrofe:
evocación de aquellas horas, tensas
como la soga del ahorcado.
Bienvenido cada minuto
que en nombre de la vida
cura la herida que no cierra.

*

En este breve espacio
se libraron batallas memorables.
Lo sabrán los nuevos herederos
sin conocer los nombres
ni la piel de animales prodigiosos
que en esta hoguera ardieron
y aquí consagraron la sustancia
que intentamos poner en cuatro letras.

*

El cuerpo de la ciudad se rompe y se degrada.
Estoicas ante la basura,
los venenos del aire,
la diaria vulgaridad de nuestras vidas,
las jacarandas ponen
su nota tenaz en el paisaje.

*

El bronce dura más que el mármol.
Cada mañana el sol bautiza
hojas, paredes, animales:
los funde en eternidad por un instante.

*

Entre todos los seres
que temprano han salido a saludar el día,
esa estatua imprevista:
un hombre con un libro.

No corre con audífonos,
no toma fotografías con su teléfono
antes de integrarse al paisaje.
Sin móverse, como si no respirara
(porque está respirando de otra forma)
le da sentido a un libro de poemas.

Anarquista que apuesta
su bomba al servicio del silencio,
se hace parte de líneas
que no quieren llenar toda la página
pero afilan navajas
a través de los siglos.

Especie en extinción,
el último lector
sostiene el mundo.

*

Los amantes no pueden ser amigos.
Fieles a su vocación de lanza
saben clavar y abrir,
pedir la herida sin reclamar clemencia,
hacer del enemigo necesario aliado.

Para tomar el campo de batalla es necesario
un fuego que combata al otro fuego.

No saben rendirse, los amantes.
Los vence, si así ha de ser,
el tiempo que se cansa
y reclama otros cuerpos, otras ansias
dispuestas a un combate
inútil, repetido: necesario.

*

Hoy limpié con fruición el cuerpo del tigre.
Coloca su pavorosa simetría,
de perfil, en el cuerpo del portavasos
compañero de mis amaneceres.
Dice en su espalda,
en una leyenda apenas perceptible:
*Hand made in New Zealand.*
No proviene de China,
y ha de durar más que glaciares,
más que el imperio y la ciudad prohibida,

más que las ballenas y los tigres.
Me encontró del otro lado del mundo,
en esa tienda
donde todo parecía recién nacido
—igual que la biografía de Samuel Pepys
hallada en una librería
llamada Endeavour, el mismo nombre
del buque insignia del capitán James Cook.
El tigre nos contempla y nos vigila
para que nunca dejemos de ser fieles
a la energía del rayo
que quiso ser nosotros con nosotros.

*

El jardín que sembraste con tus manos
es mi compañero de jornada.
Dispersa poco a poco las tinieblas
y el pájaro de nota solitaria
escribe nuevamente la mañana.
En nombre de nosotros
agradece la vida,
porque todo le duele.
El jardín que sembraste con tus manos
es el diario regalo que me haces.

# La condición del héroe

## Jorge Esquinca

*Para Patricia Compeán*

En las primeras páginas de su *Vuelo nocturno*, Antoine de Saint-Exupéry revela lo que para un piloto significa, en la noche cerrada de su travesía, entrever en la distancia la luz de las casas que se encienden, como aisladas estrellas terrestres:

> No saben lo que esperan, esos campesinos acodados a la mesa frente a su lámpara: no saben que su deseo lleva tan lejos, en la gran noche que los encierra. Pero Fabien lo descubre cuando viene de una distancia de mil kilómetros y siente sus ondas profundas subiendo y bajando al avión que respira, cuando ha atravesado diez tormentas, como países en guerra y, entre ellos, claros de luna, y cuando se apodera de esas luces, una tras otra, con el sentimiento del vencedor. Esos hombres creen que su lámpara sólo ilumina la mesa humilde, pero a ochenta kilómetros de ellos alguien ya se siente tocado por el llamado de esa luz, como si la agitaran desesperados, desde una isla desierta, frente al mar.

Este hermoso párrafo del escritor y aviador francés, que el 31 de julio de 1944 despegara de un campo de aviación en Córcega para cumplir una misión de la que no regre-

saría, me resulta propicio para abordar, aunque sea muy brevemente, el vuelo ejemplar de Vicente Quirarte y su clara trayectoria en nuestra literatura. Creo advertir en las líneas de Saint-Exupéry que acabo de citar una justa analogía entre los oficios del piloto y del poeta, orientados ambos de manera cabal hacia un llamado —una vocación— que han de cumplir entre los hombres.

Hay un delicado equilibrio entre la misteriosa encomienda del poeta —también él muchas veces nocturno, solitario, suspendido entre el cielo y la tierra— y la dimensión profundamente humana de su destino singular, que sólo se aprende luego de haber atravesado esos cielos de tormenta, esas tierras muchas veces desiertas de esperanza. Una luz, que pareciera no tener otro propósito que iluminar una pequeña estancia, se enciende para él. Una extraña correspondencia se establece entonces: quienes en la oscuridad de la humilde vivienda prenden esas luces que sirven de guía al poeta lo hacen sin saber que trazan un camino para la palabra que, como un alimento indispensable y desconocido, ha de llegar hasta ellos. Y el poeta puede entonces intuir que su misión está a punto de cumplirse, de llegar a puerto, aunque sea sólo momentáneamente, aunque pronto nuevas voces, nuevos vientos lo reclamen.

Palabra como lazo, palabra como señal de reconocimiento, palabra como una mano tendida del hombre hacia el hombre, ha sido, desde su temprano comienzo, la aventura poética de Vicente Quirarte. No hace mucho, sus amigos y lectores festejamos tres decenios de la aparición de su libro inicial, que ostenta en su título un verso

de Góngora: *Teatro sobre el viento armado*. En el momento de su publicación, Vicente estrenaba sus veinticuatro años y es posible constatar cómo desde entonces en ese libro están ya los temas, los vislumbres, las cadencias que a lo largo de las tres décadas siguientes habrían de pulirse y ganar en hondura expresiva, sin que por ello se perdiera el permanente azoro de la mirada con la que el joven poeta descubre el mundo y se descubre en el mundo; el manejo puntual del verso aprendido en Gilberto Owen, Luis Cernuda y Rubén Bonifaz Nuño —demiurgos guardianes de su casa poética—, la celebración del amor encarnado en la mujer y en la gloriosa derrota de cantarla; el elogio de la calle, que habrá de prolongarse en himno y lamento por la Ciudad de México, ciudad que Vicente conoce por haberla caminado (esa "pequeña odisea de recorrerla diariamente") sobre el asfalto y en las páginas escritas por tantos —héroes más o menos anónimos— que sobre ella han dado testimonio.

"Nunca ha existido tiempo ni lugar / para buscar las alas perdidas: / hay que intentar el vuelo / con todo lo que aún no se nos niega". Esto escribía en aquellos años en un poema titulado, precisamente, "Condición del héroe". Desde entonces, al intentar ese despegue, Vicente Quirarte comenzó a modelar para nuestra literatura la figura de este héroe urbano que alimenta sus sueños en las mitologías, pero que combate sus propios monstruos interiores mientras emprende caminatas a través de la gran capital contemporánea, la ciudad tentacular, omnívora, la implacable metrópolis. Un guerrero en el que se combinan, en justas proporciones, la valentía y la errancia

del Ulises marítimo con el candor y el instinto metropolitano del Hombre Araña: "estar en el mundo con dos caras / y en las dos serle fiel al heroísmo / desconocido y breve de ser joven", escribe, no sin cierta nostalgia, en su "Spider Man Blues". Pero lo que privilegia no es la fuerza y la gallardía naturales a la juventud del héroe, no la juventud en sí misma, sino el tiempo único y fugaz de su entrada en escena, de su enfrentamiento primario con el mundo y sus enigmas. "Los románticos —escribe Vicente en ese extenso tributo que es su *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México*— nos enseñaron la importancia de separarnos físicamente de la ciudad para comprenderla: entrar en período de separación y regresar, templados por la lumbre del conocimiento". El joven que al mirarse en el espejo sabe que la "soledad es músculo del alma" es el hombre que años después sabrá reconocerse en los otros y, mejor aún, darse a los otros con el temple necesario, mediante la exacta madurez de sus palabras. Palabras que hallarán su mejor destino en el oído y el alma de esos "otros" que, dice Octavio Paz, "no son si yo no existo, los otros que me dan plena existencia". De aquí que las pruebas —ese "templarse" del héroe— se presenten cotidianas y múltiples, siempre al acecho del momento en que cargado con sus cuitas el héroe duda y muestra su flanco más vulnerable.

El poeta debe comenzar por conquistar la página en que escribe, vencer a la blancura que como otra mítica ballena se alza frente a él, retándolo. Vicente tuvo que escribir ese poema y darle ese título, "Vencer a la blancura", casi como una expiación, por haber accedido a la visión

de aquello "que el hombre creyó ver" y que al poeta —la lección es de Arthur Rimbaud— le es dado contemplar durante un instante de terror y de gracia. La mención aquí del niño prodigio de las letras francesas no es, en modo alguno, arbitraria. El inimitable ejemplo de su obra-vida es una referencia constante en la poesía, en los cuentos, en los ensayos, las crónicas y las epístolas de Quirarte, a los que nutre como una llama viva, y en los que no es difícil advertir la figura del héroe consumido por su propia pasión, por la imposibilidad de fundirse con el objeto de su búsqueda.

Escribe Vicente en "Tres retratos de la lluvia": "Y cuando la mano toca el cuerpo elegido para que el amor tome forma en otra carne que es también la nuestra, sentimos, como la ciudad, lavarnos interminablemente, seguros de amanecer con rostro nuevo, dispuestos a combatir aunque sepamos que la derrota es el único premio de los héroes". Insensata la aventura, cuando de antemano se sabe que no habrá conquista alguna y que en todo caso el mérito es de la poesía o de los otros. Sin embargo, el legítimo anhelo de purificación, de aproximar los ojos a la fuente, el viaje mismo en pos de un rostro nuevo son para el poeta suficiente acicate. *L'Amour la poésie* ('El amor y la poesía'), que constituye un binomio indisoluble en el itinerario vital de Paul Éluard, conforma la divisa que alumbra el escudo de armas de Vicente Quirarte. Abre con ella la *Puerta del verano* de su temprana madurez poética, se multiplica en las voces de Filippo Lippi o Aníbal Egea, encarna su "estrella oscura" en las imágenes del ángel y el vampiro, y lo acompaña ahora, en sus más recientes *Casi-*

*das del nombre sin aire*. Este amoroso ejercicio de Vicente, se cumple también en la honda elegía, en el lamento por la ausencia de aquellos que han llegado antes que nosotros a la estación definitiva. Tres de sus poemas, "Razones del samurái", "Zarabanda con perros amarillos" y "El mar del otro lado", pueden ser leídos como las tres divisiones de un sacro retablo, donde lo que acontece es el íntimo relato de tres muertes: el padre, la madre, el hermano mayor. Alumbramientos y defunciones —*deaths and entrances*, en palabras de Dylan Thomas— se alternan en estos tres extensos poemas que merecen un estudio aparte. Sólo añadiré que este tríptico se inscribe junto a lo mejor de nuestra poesía elegíaca, a la que continúa y enriquece; es en ellos donde mejor se aprecia la destreza de Vicente para construir poemas mediante un verso dúctil al oído que, en íntima alianza con lo que relata, convierte al lector en testigo al permitirle estar en la hora y el sitio. Escribe en esa defensa que titula "Urgencia de la poesía":

> Sólo en el amor y sus demandas existe una intensidad semejante a la surgida cuando un hombre enfrenta las palabras de la tribu. Únicamente el amor y sus diáfanas prisiones equivalen a la libertad proporcionada por el correr de la pluma en el papel, a la traducción del mundo lograda merced al esfuerzo y el milagro.

Este párrafo contiene los elementos indispensables: el amor, la intensidad del poeta a solas y en presencia de los otros, prisión y libertad, la pluma, el papel y la traducción del mundo a través de la palabra poética, una labor que no

ha de darse sin esfuerzo, una proeza que no ha de lograrse sin la participación del milagro. Se dice que el amor es una invención del siglo XII. Un hallazgo de los *trouveurs* (la palabra quiere decir 'descubridores'), los trovadores que en la Provenza cantaban a la amada con una lengua de pájaros a la salida del sol. Pero, explica Jacques Roubaud, "lo que ellos inventaron o descubrieron no fue el amor, sino el vínculo entre amor y poesía, revelaron que el amor, en el canto, es el motor que mueve a la poesía" y añade: "el poema de amor es el núcleo que luego irradia hacia otras formas del decir poético". Este núcleo, este crisol, es discernible al releer las páginas que configuran la obra de Vicente Quirarte. Una irradiación que implica un eminente amor por la lengua y cristaliza en la voluntad de unir los destinos del cantor y del héroe. Escribe: "Nacer en cada muerte. Resistirla. / Verla en su espejo oscuro. En esta vida"; para, en seguida, concluir: "y todo hay que inventarlo / como si por primera vez nos visitara". En esos cuatro verbos se resume la tarea, esa alta responsabilidad: *nacer, resistir, ver, inventar.* Un programa de vida para esta vida.

# Índice de primeros versos


*112* Adelgazado, ya casi transparente
*88* Ahora es el turno de otra muerte
*170* Ahora que ya eres tan mi hermana
*113* Ahora tendrás gran parte de las cosas
*76* A las tres de la tarde
*63* Amé los labios tersos de la lluvia
*136* Antonio y Manuel Machado ocupaban dos lechos
*196* Apuesta lo que no tienes
*201* Aquel septiembre rojo
*191* Aquiles fue mi nombre
*77* Atrás quedan la luz, el mar, las nubes
*78* A veces, cuando nada
*133* Ayer domingo levantamos tu casa
*54* Bienvenida sea el arma
*97* Blancura conquistada por un fuego
*35* Caza a deshoras
*45* Como el pez que boqueando sobrevive
*168* ¿Cómo se guarda al ser de lo que viene?
*28* Como si el alba que asoma entre edificios
*158* Cuando digo tu nombre, pierdo el aire
*91* Cuando el Vampiro vuelva por sus fueros
*165* Cuando los años blinden el olvido
*196* Cuando más elementales somos
*181* Cuando vuelva a tocarte
*115* De la muchacha de al lado lo sé todo
*200* Descienden de la montaña
*42* Desde el principio fue el oso
*189* Dijo que la oración, como la piedra
*79* Don Emigdio, el abuelo, fabricaba
*140* El álbum fotográfico no miente

*80* El arrayán sacudido por la abuela
*203* El bronce dura más que el mármol
*129* El cielo amenazaba caer sobre nosotros
*202* El cuerpo de la ciudad se rompe y se degrada
*35* El día menos puntual
*205* El jardín que sembraste con tus manos
*119* El mar que nos vendieron en la infancia
*180* El mismo sol que me quema te acaricia
*180* El mundo está sin ti
*200* El mundo se compone
*107* Elogio del tiempo antiguo
*146* El perfume nocturno
*152* El precipicio
*186* El que no va más allá de las palabras
*177* El Sol que nos alumbra
*190* El suelo es mi dominio
*43* Enamorado siempre
*202* En el calendario de una tribu
*202* En este breve espacio
*147* En este breve jardín
*121* En la madrugada, sentados a las afueras
*104* En la terraza del viejo hotel Majestic
*73* En la zona más dura de la noche
*81* Entonces también era diciembre
*203* Entre todos los seres
*137* En un patio de Colliure
*135* Esa mañana de enero de 1938
*137* Esa noche Antonio Machado soñó la camisa del hombre
*81* Escribo de este lado del espejo
*33* Escúchame bien, maestro
*153* Ese muchacho lóbrego, espigado
*37* Es larga y lenta la estación de invierno
*64* Esta noche apareces entre espejos

*30* Estaré explicándote
*199* Este café te abrasa
*197* Este dolor es nuevo
*19* Fortificada, luciente y generosa
*102* Guardados del diluvio
*63* Habrá que recordar
*65* Hace frío: afuera se hace tarde
*199* Hay muchas cosas del mundo
*70* He de convencerme que el otoño
*188* He ocupado los días
*38* Herido de muerte
*155* Hoy cumplo la edad que tú tenías
*156* Hoy derrotamos a la muerte
*204* Hoy limpié con fruición el cuerpo del tigre
*54* Incéndiate en mis ojos. No interrumpas
*100* Invoco los malos vientos
*124* Jugábamos al monstruo
*132* La camisa de un hombre ensangrentada
*93* La ciudad ha cambiado y yo con ella
*150* La incansable Señora de la Muerte
*136* La línea dura que recorre
*73* La lluvia es una niña
*171* La luz está de fiesta
*123* La mañana de mayo en que te fuiste
*66* La niebla otra vez y aún es otro día
*138* La noche que murió Jacinta
*79* Larga y lenta canción de la desdicha
*91* Las dos terceras partes del cerebro
*130* La sintaxis perfecta, la manera
*89* La soledad, su gloria y su infortunio
*151* Las primeras campanas de noviembre
*198* La violenta alegría, la juventud
*128* Limpiamente. Como quien al usar las palabras
*120* Llama otra vez el ángel negro

*197* Llenar la pluma fuente
*131* Lo consigna André Maurois
*204* Los amantes no pueden ser amigos
*143* Los perros amarillos mueren en la calle
*40* Lo supe, lo sé
*159* Mañana llegará la primavera
*111* Mañana te espera la ciudad
*193* Más desnuda, imposible
*117* Más que la voluntad de hacer
*27* Más que pájaros
*160* Me descubro en la luna de tu ojo
*178* Me fragmento
*39* Me levanto como un árbol
*184* Me llamo Max Schreck
*141* Mi amigo Robert Jones es transparente
*63* Mi cuerpo en la plaza de San Marcos
*55* Mírate en estos ojos y contempla
*185* Mis ojos penetraban la piel del enemigo
*75* *Nada que no tuviera*
*187* Nada rompa esta alianza
*85* Nevó toda la noche y amanece
*25* No es dentro del muro
*62* No es que la recuerde
*56* No fue por la palabra misma que yo dije
*162* No fue sólo el ambiguo cristal de la ginebra
*192* No hay dominio más vasto que este parque
*62* No hay herida más honda
*145* Nos citábamos afuera del estadio
*164* No volverte a mirar ni acariciarte
*127* Nuestra infancia. Ese país lejano
*36* Nuestras vidas no son río
*169* Nunca he sabido de tu piel
*90* Otros depredadores instintivos
*134* Papeles rescatados de tu cesto

*86* Para qué perseguirlo
*172* Partitura en el agua
*179* Pasa la Primavera, bien armada
*122* Pasamos de uno en uno
*116* Pero dirán tu nombre
*82* Pero valió la pena lo bailado
*40* ¿Por qué me pides más de lo que puedo?
*41* Por una vez pongámonos de acuerdo
*88* Puede llamarse viento o quemadura
*175* Qué bueno haber mirado
*39* Que comience la cacería
*98* Que esté, de preferencia, muy vestida
*174* Rasga esta hoja la piel de mis falanges
*199* Saber el cuerpo partido
*21* Salir del cine
*74* Sentir la lluvia en la mitad del pecho
*23* Señora de la mágica perfidia
*20* Si lo que vive entre la palabra y el silencio
*174* Si volviera, te traería un álbum de imágenes
*105* Soñé que la ciudad nos recibía palpitante
*34* Sumergido en lo más profundo de la página
*82* También los grandes *icebergs* se desploman
*26* Tarde o temprano
*84* Te conceda la gracia de las nubes
*195* Te descubro conectada a la vida
*194* Tiempo donde la memoria nos alcanza
*174* Toco la puerta de la primavera
*198* Todo lo pronunciado
*167* Traigo todo este amor atravesado
*138* Tu cuerpo de 48 horas
*83* Tú le abriste la puerta. Estoy seguro
*60* Una mujer y un hombre pueden, por ejemplo
*126* Un cable profesional de uso pesado
*37* Un día la palabra dejó de nombrar

*201* Un ejército bien organizado
*183* Vengo armado
*165* Ya no te voy a hablar
*92* Y jamás le reproches su abandono
*32* Yo decía
*169* Y qué si las dejamos sueltas

# Bibliografía

Quirarte, Vicente, *Teatro sobre el viento armado*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1980, col. Cuadernos del Caballo Verde.

———, *Calle nuestra*, en AA. VV., *Lejos de las naves*, UNAM-Punto de Partida, México, 1980.

———, *Vencer a la blancura*, Premiá Editora, México, 1982.

———, *Fra Filippo Lippi. Cancionero de Lucrezia Buti*, ENEP Acatlán/UNAM, México, 1982.

———, *Puerta del verano*, Cuarto Menguante Editores, Guadalajara, 1982.

———, *Bahía Magdalena*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1985.

———, *Fragmentos del mismo discurso*, UAM-Iztapalapa, México, 1986, col. Correo Menor.

———, *La luz no muere sola*, SEP-Gernika, México, 1987, col. El Nigromante.

———, *El cuaderno de Aníbal Egea*, Cuadernos de Malinalco, México, 1990.

———, *El ángel es vampiro*, Ediciones Toledo, México, 1991.

———, *The Child and the Wind*, trad. de Eliot Weinberger y Roberto Tejada, edición de autor, México, 1992.

———, *Cicatrices de varias geografías. Antología*, Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1992.

———, *Luz de mayo*, Toque, Guadalajara, 1994, Colección de Poesía.

_____, *Some Poems*, trad. de Jay Miskowiec, Raginald Gibbons, Jennifer A. Gehrt, Judith Infante y Alicia Gaspar de Alba, s. p. i., México, 1996.

_____, *Desde otra luz*, Departamento del Distrito Federal, México, 1996, col. Mercado de Poesía.

_____, *Vicente Quirarte*, pres. y selec. de Eduardo Casar, UNAM, México, 1998, Material de Lectura, Serie Poesía Moderna, núm. 198.

_____, *El peatón es asunto de la lluvia*, FCE, México, 1999, col. Letras Mexicanas.

_____, *Razones del samurai (1978-1999)*, UNAM, México, 2000, col. Poemas y Ensayos.

_____, *Como a veces la vida*, pról. de Darío Jaramillo Agudelo, Pre-Textos, Valencia, 2000, col. La Cruz del Sur.

_____, *El cuaderno de Aníbal Egea*, versión corregida y aumentada, Ediciones Brevedad, Bogotá, 2000.

_____, *Zarabanda con perros amarillos*, Editorial Colibrí, México, 2002, col. As de Oros.

_____, *Sarabande aux chiens jaunes*, trad. de Nicole y Émile Martel, Écrits des Forges-Plan C Editores, Trois-Rivières-México, 2004.

_____, *Nombre sin aire*, Pre-Textos, Valencia, 2004, col. La Cruz del Sur.

_____, *El mar del otro lado*, Ediciones Monte Carmelo, Comalcalco, 2007.

_____, *Ciudad de seda*, Bonobos Editores-Chimal Editores, Toluca, 2009, Colección Oval.

_____, *Invisible estoque*, Mantis Editores-UANL, Guadalajara, 2011, col. Liminar.

———, *Armados*, dibujos de Carlos Enríquez, tipografía de Mónica Zacarías, diseño y encuadernación de Martha Romero, México, 2012. [Edición de 12 ejemplares fuera de comercio].

———, *Esa cosa tan de siempre*, Pre-Textos, Valencia, 2013, col. La Cruz del Sur.

———, *La miel de los felices*, Mano Santa Editores, Guadalajara, 2016.

*El tiempo y sus mastines*

se terminó de imprimir en el mes de septiembre
de 2018 en los talleres de Offset Rebosán,
S. A. de C. V., Acueducto 115, 14370, Ciudad
de México. Para su composición se utilizó
la familia tipográfica Adobe Text Pro.
Impreso en papel Bond ahuesado de 90 g.
El tiraje consta de 500 ejemplares.

*Dirección editorial, de arte y edición:*
Alejandro Cruz Atienza

*Coordinación editorial:*
María Elena Ávila Urbina

*Diseño editorial*:
Sandra Gina Castañeda Flores

*Diseño de portada*:
Uriel Neri Luna

*Cuidado de la edición:*
Daniela Ivette Aguilar Santana

*Corrección:*
Adriana Romero-Nieto

Otras obras del autor publicadas
por El Colegio Nacional

•

*El laurel invisible*
(Discurso de ingreso)

•

*El fantasma de la prima Águeda*

...

El cielo, desde su nombre, miente.
Mienten sus nubes luminosas
proclamando una paz que no es la nuestra.
Despierto a la vida y no estoy en un barco.
No soy ballenero sino hombre de la calle.
No es el ataúd flotante, es una mesa
(los mismos tiburones me rodean
y el más feroz me mira en el espejo).
No es el mar del Sur, es el puerto.
Por el malecón de Veracruz pasean parejas,
los marineros beben en la plaza
mientras la banda toca valses viejos.
El vaso que está sobre la mesa
me mira desde su infame transparencia:
pero mis exploraciones no fueron
más allá de las columnas de Hércules
y siempre que los tifones me golpearon
mis pies estuvieron sobre tierra.
Mis tempestades fueron entre muros invisibles
y no hay aquí naufragio que lamenten
ni héroe al que se llore y se sepulte.
Antes, después de estas palabras,
*muchacha* es el adjetivo de *muchacha*
y nada usurpaba este domingo
cuando el alba abrió su flor esbelta.
Pero el hombre quiere mirar
más allá de la transparencia que lo engaña,
buscando los rostros de los otros,
buscándose en el rostro de los otros,
esperando la gota que derrame
el vaso que lo ata prisionero:
lento el poema nace en una mesa,
potro de tortura en el que nadie sabe
si el poeta o la palabra es el verdugo.

...